

Nueva Revista

DE POLÍTICA, CULTURA Y ARTE



Coordinación
Miguel Ángel Cortés

Escriben
Julio Bernal Chávez
Juan Cruz
Darío Jaramillo
Juan Carlos Vergara

Manuel Lucena
Germán Rey
Pilar Reyes
Enrique Vargas

unir LA UNIVERSIDAD
EN INTERNET

Cuadernos

Nueva Revista

Sumario

- 02 El valor cultural de Colombia
Miguel Ángel Cortés

EL PATRIMONIO DE LA LENGUA

- 06 El español en Colombia
Un análisis a fondo sobre la situación del español en Colombia, tanto desde un punto de vista histórico, como geográfico y político. El autor propone mejoras en el estudio que ahonden tanto en sus variedades regionales como en la relación con su uso en otros países hispanohablantes.
Por Juan Carlos Vergara Silva

- 20 Una nación multilingüe
Colombia goza de una inmensa riqueza lingüística. Se usan hasta un total de 65 lenguas diferentes. El autor de este artículo parte de la historia del español para acabar explicando las más recientes iniciativas para establecer la división dialectal en el país.
Por Julio Bernal Chávez

LITERATURA

- 34 Presencia de Colombia en el mundo del libro de España
Con motivo de la edición de 2021 de la Feria del Libro de Madrid, dedicada a Colombia, el escritor Darío Jaramillo Agudelo realiza un recorrido literario por las muy estrechas relaciones entre las literaturas de ambos países.
Por Darío Jaramillo Agudelo

LA PROYECCIÓN DE LAS LETRAS COLOMBIANAS

- 50 Colombia, la experiencia de quererla
El editor, escritor y periodista evoca de forma lírica sus experiencias en el país a lo largo de más de tres décadas. A la vez, recupera sus recuerdos compartidos con grandes escritores, desde Gabriel García Márquez a Héctor Abad Faciolince.
Por Juan Cruz

LA PROYECCIÓN DE LAS ARTES COLOMBIANAS

- 64 Una cultura que atraviesa montañas
Un detallado repaso del auge e internacionalización de los distintos sectores culturales colombianos, desde la literatura al teatro, desde la música a las artes plásticas, pasando por el cine o la producción para la televisión.
Por Germán Rey

EL PESO INTERNACIONAL

- 80 Colombia, su cultura y su presencia en el mundo
El país ha ido reafirmando en las últimas décadas su lugar en el mundo gracias, en buena medida, a las aportaciones de su cultura en sus múltiples facetas. Las diferentes expresiones artísticas colombianas son hoy habituales en los grandes certámenes internacionales.
Por Enrique Vargas

INTERCAMBIO CULTURAL

- 92 Imágenes de Colombia en España: un inventario mínimo
La autora de este artículo, editora de Alfaguara, reflexiona sobre la idea de la realidad colombiana, sus habitantes y su historia, que se forjan los lectores españoles a través de las obras publicadas en los últimos años.
Por Pilar Reyes

PERSPECTIVAS GLOBALES

- 106 Un recorrido por la historia cultural colombiana
En este artículo, se analiza el desarrollo histórico y social de la cultura colombiana. El autor advierte, además, del riesgo actual, en Colombia y en todas las sociedades occidentales, de sustituir la historia por la memoria, que no es verdad sino ficción.
Por Manuel Lucena Giraldo

El valor cultural de Colombia

Este número, que sigue al que *Nueva Revista* publicó sobre la Universidad en Colombia, presenta



una visión plural y poliédrica de la cultura contemporánea en Colombia, en distintas manifestaciones, como país destacado en el ámbito iberoamericano y uno de los principales exponentes de la cultura en español.

En Colombia la cultura se percibe no sólo como una de las señas de identidad del país, herencia y legado de

generaciones anteriores, sino también como un valor que se debe de conservar y transmitir.

Este número no supone sólo la convocatoria de personas conectoras, desde ángulos distintos, de la riqueza cultural colombiana, es también el reconocimiento y el homenaje a un gran país hacia el que esta revista siente una vinculación especial.

El valor cultural de Colombia

MIGUEL ÁNGEL CORTÉS

Colombia es una potencia cultural de primer orden. No sólo por el nivel de sus artistas y creadores, sino por el apego de colombianos a la cultura, tanto la popular como la más elevada y, de manera muy destacada, por la defensa y el buen uso que hacen los colombianos de la lengua española que compartimos.

Dicen que los vallisoletanos somos los que hablamos mejor español. Yo pienso que lo que es cierto es que nuestra pronunciación es especialmente apreciada en la medida en que no tenemos acento, o tenemos un acento menos marcado. Cuando Miguel Delibes ingresó en la Real Academia Española, dijo, sin falsa humildad, que agradecía especialmente su elección porque le constaba que algunos de sus textos se ponían como ejemplos de errores tan frecuentes en los vallisoletanos como léismos, laísmos o loísmos y algunos más que chirrían en los oídos de los colombianos, que, a mi juicio, son los que conservan, y utilizan, un español más rico entre los más de cuatrocientos millones de hispanohablantes, sobre todo desde el punto de vista de la buena sintaxis y la riqueza de vocabulario.

Si se contempla el panorama general iberoamericano, llama la atención la cantidad de alumnos colombianos en la

enseñanza superior. Desde su fundación en 2008, la Universidad Internacional de La Rioja ha contado con un porcentaje muy elevado de alumnos colombianos, que destacan por su preparación, por su interés, y, también, por su nivel de exigencia.

La buena base cultural del país y el aprecio por la enseñanza y la cultura tiene mucho que ver con estos datos. En 2021, pese a las limitaciones de la pandemia, *Nueva Revista* ha sacado un número especial sobre la Universidad en Colombia, coincidiendo con la celebración de la Feria del Libro de Madrid con Colombia como país invitado.

El número que el lector tiene en las manos completa el panorama con una visión, plural y poliédrica, sobre la cultura en Colombia, con firmas de los dos lados del Atlántico, que se fijan principalmente en la cultura contemporánea. No porque no interese lo creado o interpretado por los que nos han precedido, sino porque queremos presentar un panorama actual de la gran potencia cultural que es Colombia, con profundas raíces y proyectada al exterior y el futuro con gran vigor y calidad.

Los nombres de Gabriel García Márquez, Álvaro Mutis, Fernando Botero o Ricardo Salmona han tenido continuidad en quienes les han sucedido en el tiempo, de la misma forma que las grandes figuras se entienden mucho mejor conociendo lo que fue el Virreinato de la Nueva Granada y la época que siguió a la Emancipación y la creación de la República de Colombia.

Los colombianos, a mi juicio, son los que conservan, y utilizan, un español más rico entre los más de cuatrocientos millones de hispanohablantes

Este número monográfico sobre la cultura en Colombia tiene el honor de que el primer artículo sea del Director de la Academia Colombiana de la Lengua Española. Los que hablamos en español debemos mucho a la iniciativa de Víctor García de la Concha de revitalizar la Asociación de Academias de la Lengua Española para acometer la tarea de los diccionarios y de los demás textos panhispánicos. En esta tarea, clave para mantener la unidad del español en toda su riqueza y diversidad, la Academia Colombiana ha sido decisiva tanto en cantidad como en calidad.

Desde el Instituto Caro y Cuervo, Julio Bernal Chávez, amplía el panorama lingüístico, con especial atención en la riqueza y la pluralidad lingüística de Colombia

En el ámbito de la literatura, Darío Jaramillo nos ha permitido reproducir el magnífico texto que pronunció en la inauguración de la Feria del Libro de Madrid dedicada a Colombia; Juan Cruz, en clave muy personal, nos cuenta cómo llegó a ser el español con más y mejores contactos en Colombia; y Pilar Reyes completa el panorama con una vivísima descripción de las relaciones editoriales que tan bien conoce.

Germán Rey nos presenta la vitalidad de la cultura colombiana en todos los terrenos de la creación: la interpretación, las artes escénicas, la música y el audiovisual.

Manuel Lucena, uno de los mejores historiadores que se ha centrado en la historia de América, miembro de la Academia Colombiana de la Historia, resalta la importancia de la herencia hispana, al tiempo que recorre la historia más reciente de Colombia.

Finalmente, Enrique Vargas Flórez, Coordinador en la Secretaría General Iberoamericana del Espacio Cul-

tural Iberoamericano, explica el papel de Colombia en el ámbito iberoamericano, donde se ve la vitalidad de la cultura colombiana.

Es mucho más lo que se podría escribir sobre la cultura colombiana y en Colombia, pero las colaboraciones que aquí se recogen sirven para comprobar la verdad de la primera afirmación de estas líneas: Colombia es una potencia cultural de primer orden.

Miguel Ángel Cortés es director de la Fundación Iberoamérica Empresarial. Ha sido Secretario de Estado para la Cooperación Internacional y para Iberoamérica (2000-2004) y Secretario de Estado de Cultura (1996-2000). Es el coordinador del cuaderno de *Nueva Revista* «El valor cultural de Colombia».

El español en Colombia

JUAN CARLOS VERGARA SILVA

En este artículo, se presenta la situación lingüística, histórica, geográfica y política del español en Colombia y se hace mención a los logros individuales y corporativos obtenidos por quienes han cultivado el estudio de la lengua española en el territorio colombiano. De igual forma, se proponen caminos de estudio y de investigación que ahonden en el conocimiento de sus variedades regionales y de sus contactos con usos similares en otros países hispanohablantes.



Feria Internacional del Libro de Bogotá.

Foto: © Shutterstock.

El español en Colombia ocupa una extensa zona geográfica de Sur América, ubicada, estratégicamente, en el nordeste de esta parte del continente. Posee zona costera en ambos océanos: el Atlántico y el Pacífico y, al dividirse la cordillera de los Andes en tres ramales, da origen a valles y zonas hidrográficas que, a la vez que dividen espacios geográficos, contribuyen a acrecentar la biodiversidad y la multiculturalidad de las regiones en que se divide política y etnográficamente.

En cuanto a la historia, debemos señalar que Colombia ocupa gran parte del antiguo Virreinato de la Nueva Granada, que fue reemplazado temporalmente por la Gran Colombia y que, finalmente, se consolidó en el actual territorio de la República de Colombia.

El carácter de zona de paso para el ingreso a los territorios de Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y Argentina por vía

terrestre y, por supuesto, la decantación derivada del mestizaje de razas y culturas tan diversas, comenzando por las poblaciones indígenas, las migraciones europeas, las corrientes africanas y, en las últimas décadas, de pueblos del Oriente y el Mediterráneo que como un crisol de formas de pensamiento han conformado una mezcla compleja de cosmovisiones híbridas favorecen la heterogeneidad cultural y fomentan la diversidad y el necesario diálogo étnico y cultural que exige convivir apropiadamente en este universo geográfico e histórico.

En cuanto al cultivo de las letras en nuestro país, podemos señalar algunos mojones de prueba: la presencia de conquistadores letrados como don Gonzalo Jiménez de Quesada, la relación de episodios históricos y legendarios de los periodos coloniales en figuras como la de don Juan de Castellanos, Juan Rodríguez Freyle, la madre Castillo, don Lucas Fernández de Piedrahíta, don Hernando Domínguez Camargo o don Pedro de Solís y Valenzuela.

Con la independencia de España y la consolidación de la República, la tradición literaria colombiana ha continuado, de manera constante, hasta nuestros días. Escritores de diversa formación y procedencia geográfica, asimilaron los modelos literarios del romanticismo y del siglo XIX europeo para, poco a poco, generar voces propias como la de José Eustasio Rivera, narrador de las selvas colombianas; don José Asunción Silva, creador de nocturnos inolvidables; y, más recientemente, pensadores, creadores líricos y narradores de la talla de Álvaro Mutis, Nicolás Gómez Dávila, Manuel Zapata Olivella, William Ospina, Dora Castellanos, Maruja Vieira, María Mercedes Carranza, Juan

Gabriel Vásquez, Héctor Abad Faciolince o Gabriel García Márquez entre otros.

En el campo filológico podemos rescatar los trabajos de traducción clásica de don Miguel Antonio Caro, el monumental *Diccionario de Construcción y Régimen de la lengua castellana*, surgido de la pluma genial de don Rufino José Cuervo o los tratados de gramática y corrección idiomática de don Marco Fidel Suárez, que se reflejarían cor-

porativamente en la creación de la primera Academia de la lengua española fundada en América en 1871 y, en 1942, del Instituto Caro y Cuervo, de cuyos trabajos de campo surgiría el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Colombia*, pieza clave para la comprensión de la estructura y la riqueza del español en Colombia, bajo la prodigiosa dirección de don Luis Flórez, don Joaquín Montes y un grupo de jóvenes investigadores que recorrieron el territorio nacional a mediados del siglo pasado para entregarnos la mejor radiografía de la riqueza léxica, gramatical y fonológica de colombiana, unida a una valoración de su enclave geográfico y etno-cultural.

La canción popular y la mezcla de ritmos y letras en toda la geografía colombiana recogen expresiones léxicas, giros lingüísticos y formas semánticas propias de cada

En el campo filológico podemos rescatar los trabajos de traducción clásica de Miguel Antonio Caro, el monumental *Diccionario de Construcción y Régimen de la lengua castellana*, surgido de la pluma genial de Rufino José Cuervo o los tratados de gramática y corrección idiomática de don Marco Fidel Suárez

región que al son de tiples, tambores, maracas, guacharacas, cuatros, requintos, arpas, flautas, bongos y un innumerable grupo de instrumentos musicales se une a la voz humana para conformar el folclor de la nación que aporta elementos invaluable para el estudio del español colombiano.

En esta enumeración, no podemos olvidar la importancia de la gastronomía ya que, en múltiples ocasiones, el léxico culinario, las formas de preparación y presentación de los alimentos requieren de formas lingüísticas diferentes en cada zona dialectal; es así, como los empaques vegetales de alimentos cocidos es un ejemplo claro de esta realidad, términos como envuelto, tamal, bollo limpio, quimbolito, reflejan no solo la diversidad gastronómica de Colombia sino también su riqueza léxica dialectal.

LENGUAS INDÍGENAS Y ACERVO LINGÜÍSTICO AFRICANO

Las lenguas indígenas y el acervo lingüístico africano y rai-
zal han permeado, también, de manera fundamental, los usos, ritmos y acentos del español colombiano al punto de definir, en puntos geográficos específicos, su identidad y su carácter diverso y multirracial.

En tal sentido, adelantar una presentación del español en Colombia supera la visión tradicional de los estudios léxicos, dialectológicos y de entonación y rasgos fonéticos que, sin negar su fundamento para definir los trazos esenciales de un idioma en una zona geográfica particular, deben reconocer, a su vez, los afluentes culturales, históricos y políticos que le han dado su silueta y determinan su devenir en el paso del tiempo.

Por tal razón, iniciaré esta relación con el español del Caribe colombiano, ya que fue por este espacio por donde, desde Santa Marta se incurrió por el río Magdalena al interior del continente.

En primer lugar, se evidencia el influjo andaluz en el habla de los pueblos del Caribe, hecho observado en la insonorización de las sibilantes y en rasgos prosódicos de entonación que la hacen similar a los elementos característicos del sur de España. Cabe asociar a este influjo peninsular los asentamientos de esclavos africanos que se ubican en esta zona costera y, más recientemente, de la presencia de pobladores de origen libanés y árabe.

En relación con la costa pacífica debemos señalar que su topografía agreste y de clima tropical, requirieron un esfuerzo mayúsculo para dominar el entorno geográfico y construir poblaciones dedicadas principalmente a la minería y al cultivo de la caña de azúcar que, unidas a la fuerza de migrantes africanos y colonos hispánicos ha ido definiendo su fisonomía desde el departamento de Nariño, al sur, hasta el Chocó, al norte.

Un territorio con características dialectales propias y límites marcados corresponde al dialecto paisa o antioqueño, espacio geográfico definido por la presencia de grandes montañas de difícil acceso y que, poco a poco, fueron

En esta enumeración, no podemos olvidar la importancia de la gastronomía ya que, en múltiples ocasiones, el léxico culinario, las formas de preparación y presentación de los alimentos requieren de formas lingüísticas diferentes en cada zona dialectal

colonizadas por migraciones vascas, judías y de otras zonas de Colombia para conformar una de las regiones más pujantes en materia cultural, económica e industrial del país.

Al sur de esta zona, y colindando con los departamentos de la costa pacífica y las selvas del sur de Colombia, se ubican los pueblos de la zona de los departamentos del Huila y Tolima que conforman un territorio de gran fertilidad, unidos indisolublemente al río Magdalena y el Cauca, asociados también al cultivo del arroz, insumo fundamental de la gastronomía en Colombia.

En el noroccidente colombiano se localizan los departamentos de frontera norte con Venezuela, Guajira y Norte de Santander que comparten rasgos de tipo lingüístico y cultural con las culturas indígenas de la zona y con la identidad idiomática del llanero que se suma a rasgos propios de los departamentos de Arauca, Casanare y Meta.

Espacio singular poseen los departamentos de Santander y Boyacá que conforman una conjunción entre la montaña santandereana y el altiplano cundiboyacense en el centro del país, asociados en la época de la colonia al cultivo del tabaco.

KOINÉ DE ACENTOS Y FORMAS LINGÜÍSTICAS DE TODO EL PAÍS

Finalmente, podemos hablar de la zona central andina de Colombia en donde se ha ubicado históricamente su capital, Bogotá, y que, en un principio poseyó una identidad idiomática definida por el gentilicio de rolo o cachaco, caracterizado por la r rehilada y un purismo en el uso del idioma que, con las sucesivas migraciones de todas las regiones del país y con la vida cosmopolita que hoy la caracteriza ha perdido sus matices de provincia y se ha

convertido en una koiné de acentos y formas lingüísticas de todo el país.

Los territorios de selva colombianos y los insulares de San Andrés y Providencia conservan, aún la importancia de poseer una riqueza de lenguas aborígenes en el primer caso y de un criollo sanandresano que los hace únicos en el territorio, sin desconocer la presencia de hablantes de español que se asientan en sus zonas geográficas.

Algunas características fonéticas generales de esta división dialectal son:

- En las zonas montañosas, se conserva el sonido /s/ en posición final de sílaba, rasgo que comparte con otros esquemas fonéticos de la zona andina suramericana.
- La fricativa /x/, se pronuncia como un sonido aspirado suave /h/
- En la costa caribe, se registra la aspiración de la /s/ en posición final y se observa la velarización de la /n/ final de palabra, entre otros rasgos.
- En la costa pacífica, se aspira la /s/ final de sílaba y de palabra. En algunas zonas, se registra el cambio del sonido /n/ por /m/, sobre todo en la región del Valle del Cauca.

Dialectólogos como José Joaquín Montes Giraldo, Manuel Alvar, Luis Flórez, Mariano Lozano y John M. Lipski han ampliado este análisis somero a especificidades de cada subregión de estas divisiones dialectales complementando los aspectos morfológicos, semánticos, sintácticos y pragmáticos que registran la complejidad del estudio del español en Colombia.

En este marco, en permanente cambio, y en constante comunicación con los países limítrofes: Ecuador, Perú y Brasil al sur; Venezuela y Brasil al oriente; Panamá al noroccidente; República Dominicana, Nicaragua y Panamá en el territorio insular caribe; se desarrolla, en la actualidad, el español colombiano de frontera que asimila rasgos de los territorios vecinos e influye a su vez en los países limítrofes directa o indirectamente.

La anterior situación se refuerza con la constante migración entre los países de la comunidad andina representados por Venezuela, Colombia, Ecuador y el Perú que, por razones culturales, económicas y turísticas mantienen fuertes lazos de contacto lingüístico que favorece la conformación de diasistemas comunes de comunicación con rasgos similares que ayudan a fomentar la cohesión del sistema de diálogo internacional que caracteriza, en general, a la lengua española en el mundo.

El sistema de educación superior, en particular el sistema universitario ha sido un factor esencial en la conformación de nuestra variedad del español, sobre todo en el afincamiento del léxico científico y profesional en sus aulas y en los estudios de las variedades regionales que se adelantan en sus programas de lingüística, humanidades y educación. No podemos olvidar que los docentes colombianos se relacionan en sus clases con estudiantes procedentes de todos los puntos geográficos del país y que uno de sus retos principales es reconocer el carácter policéntrico que debe marcar su discurso pedagógico, sin negar el uso de un diasistema común que facilite la comunicación científica y la formación técnica y profesional.

De igual forma, la necesidad de conocer el uso del idioma por parte de la población rural y de zonas apartadas de los cascos urbanos es un elemento que se ha ido consolidando, no solo como un estudio lingüístico sino como insumo para facilitar la comunicación de profesionales y gestores de política pública con los ciudadanos.

En esta semblanza no podemos desconocer el influjo del inglés, como lengua franca internacional, que ha marcado una pauta de aculturación principalmente después de la Segunda Guerra Mundial y que se refleja en la presencia de neologismos en el habla popular y profesional de la población colombiana, adquiriendo carta de residencia en muchos casos en detrimento de formas propias, con igual o similar significado del español o de otras lenguas. Este hecho, también se refleja en el estudio histórico del habla colombiana a mediados del siglo XIX y comienzos del XX, en donde el francés fue la lengua extranjera de prestigio en Colombia.

En la actualidad, y dada la presencia interconectada de los hablantes en la red digital, debemos reconocer que la influencia de acentos de otros países hispanohablantes es una constante en nuestros canales de comunicación masiva y en los videos y audios que circulan en internet. Las empresas de comunicación promueven el comercio de productos audiovisuales como novelas, series televisivas y documentales de difusión global. No obstante, las variedades regionales se mantienen en sus rasgos esenciales y defienden aquellas fronteras invisibles que definen el poblador nativo del forastero.

El humor y la caricatura, como recursos de identidad regional, mantienen rasgos regionales propios que los dis-

tinguen de otras latitudes de habla hispana. Esta dimensión pragmática se refleja en concursos internacionales de humor que resaltan las peculiaridades regionales y permiten el conocimiento no solo de otras formas de habla sino de la axiología de variedades regionales en donde el humor refleja gran parte de sus patrones identitarios propios.

Un campo poco estudiado es el del uso del español por parte de colombianos en el exterior, tanto en su mantenimiento del dialecto regional como en su influjo en otras variedades del uso del español en países de habla hispana o de otra lengua. En tal sentido, es importante resaltar la presencia en Colombia de centros de contacto telefónico de grandes empresas que, por la órbita geoestacionaria del país y la percepción de buena vocalización y entonación de sus hablantes, mantiene viva una tradición de cuidado del idioma que se le reconoce a la variedad colombiana.

Finalmente, la percepción de un buen uso del español, atribuido al modelo estándar del español de Colombia, puede deberse, entre otras razones, a la necesidad histórica que debieron tener los habitantes de nuestro territorio ante las variedades de viajeros que desde el norte y el sur atravesaban nuestro país para dirigirse al corazón de Suramérica o retornar a la nativa Europa por caminos reales en la colonia y por avenidas asfaltadas en la actualidad.

RECONOCIMIENTO A LA PRENSA COLOMBIANA

En tal sentido, es tradicional el reconocimiento a la prensa colombiana, más en el pasado que en la actualidad, de promover el buen uso del idioma mediante el seguimiento de sus manuales de estilo y la presencia de editores

preocupados por la calidad idiomática de sus periódicos o semanarios; no es casual que muchas vocaciones de nuestros mejores escritores hayan surgido en medio de las rotativas de diarios de circulación nacional o regional.

No podemos afirmar que el estudio del español en Colombia es un tema finiquitado. Por

el contrario, existen muchos vacíos que deberían llenarse con investigaciones exhaustivas que nos aporten no solo una descripción de las variedades del español colombiano, sino que nos entreguen un observatorio de la realidad idiomática sincrónica, pero en constante evolución dinámica.

De igual manera, es indispensable acometer un estudio histórico de las formas léxicas, gramaticales y semánticas que nos permitan comprender el rastro en el idioma del paso del tiempo, investigación no solo valiosa para los expertos sino para comprender los matices de forma y sentido que han construido el acervo léxico y cultural del habla colombiana.

Eventos como la Feria Internacional del Libro en la ciudad de Bogotá o el Hay Festival conforman una faceta que, en muchas ocasiones se olvida: un pueblo lector mantiene y enriquece los usos idiomáticos propios y le permite valorar, en su justa medida, los acentos externos que se entrecruzan para engalanar el mosaico de variantes lingüísticas en la nación.

El sistema universitario ha sido un factor esencial en la conformación de nuestra variedad del español, sobre todo en el afincamiento del léxico científico y profesional en sus aulas y en los estudios de las variedades regionales

Entre los retos que se derivan de esta exposición podemos señalar los siguientes:

1. Superar la visión dialectal clásica de las variedades regionales para incorporarla en una mirada sociolingüística compleja que incorpore las variantes dialectales con las sociolectales, en el marco de la geografía panhispánica, y permita hacer un reconocimiento de las similitudes y las diferencias con variedades ajenas a nuestra geografía, pero propias del español internacional.
2. Generar políticas educativas de reconocimiento y valoración de las variedades del español en Colombia para facilitar la inclusión de esta riqueza en día a día de los entornos escolares en el país y en los sistemas educativos de español como segunda lengua.
3. Hacer parte del esfuerzo de homogeneización y normalización del lenguaje científico en lengua española que facilite su traducción y circulación en los mercados editoriales especializados.
4. Reconocer los aportes de las lenguas indígenas, afrodescendientes y raizales en la consolidación de las variedades idiomáticas del español en Colombia.
5. Crear portales multidisciplinares de conocimiento de nuestras variedades dialectales unidas a la difusión de la geografía, la historia, la cultura, el folclor y las artes de Colombia.
6. Valorar el buen manejo de nuestras variedades regionales y del español estándar por parte de nuestros escritores, intelectuales y profesionales de la comunicación

como modelos de calidad idiomática en la geografía hispanohablante.

7. Reconocer nuestras variedades regionales de uso del español como un valor intangible de la cultura nacional y patrimonio de la humanidad, unido a las expresiones folclóricas, musicales y artísticas del país.

En conclusión, debemos reconocer los avances que han tenido los estudios e investigaciones sobre el español en Colombia, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo pasado y la preocupación de investigadores nacionales y extranjeros por identificar los rasgos particulares de su variación lingüística como también los vasos comunicantes con otras variedades del español en diversas latitudes de habla hispana.

Como se ha señalado, la presencia de la comunicación digital ha permeado las fronteras políticas y lingüísticas del pasado y ha permitido un mejor conocimiento de la riqueza idiomática presente en nuestros países como un legado histórico invaluable para la humanidad. ■

Juan Carlos Vergara Silva es el director de la Academia Colombiana de la Lengua.

Una nación multilingüe

JULIO BERNAL CHÁVEZ

Se aborda en este artículo la manera como se desarrolla y varía la lengua española en Colombia a partir de diversos factores culturales, históricos y geográficos, desde su ingreso al territorio americano hasta la conformación actual de la diversidad lingüística del país. El autor incluye las últimas iniciativas legislativas sobre el reconocimiento de las lenguas nativas y los avances académicos para establecer la división dialectal del español en Colombia.



Miguel Antonio Caro, presidente de Colombia y filólogo.

Foto: © Wikimedia Commons

Colombia es una nación multiétnica, multilingüe y pluricultural en la que se usan sesenta y cinco lenguas indígenas, de once familias lingüísticas; también dos lenguas criollas: el palenquero y el sanandresano; la lengua romanés o gitana; y la lengua de señas colombiana.

Por su parte, estudios actuales sobre el español de Colombia proponen la clasificación de tres superdialectos: antillano, neogranadino y andino, cada uno de ellos con sus respectivos dialectos, subdialectos y léxicos regionales.

EL ORIGEN DEL ESPAÑOL

En el norte de España, a partir de la llegada de los moros a la Península Ibérica en 711, surge una *koiné* de los dialectos navarro, aragonés, riojano y castellano de carácter oral y se da como una necesidad comunicativa debido a la unificación política orientada por la reconquista.

En el siglo XI ocurren los primeros procesos de elaboración de variedades escritas de las lenguas vulgares provenientes del latín. En el caso de España surge, con auspicio de Alfonso X, El Sabio, una variedad escrita de cancillería en la que se registraban asuntos legales y judiciales, mientras que la literatura se escribía en las lenguas de cada Corte, como es el caso del provenzal, portugués y gallego.

Con la *Gramática sobre la Lengua Castellana* de Antonio de Nebrija, en 1492 se adelanta la consolidación de un concepto de lengua, no sólo desde una perspectiva lingüística, en cuanto a la representación de su estructura y de su funcionamiento, sino como un sistema de actitudes y valores sociales y simbólicos.

EL ESPAÑOL EN AMÉRICA

Desde la llegada de los españoles a las Antillas, entre 1493 y 1519, no hay una concepción de lengua castellana o española unificada. Según testimonios de escritos del siglo XVI, en América se hablaba de manera similar a la Corte española, además de variantes del español usadas por los indígenas para comunicarse con los conquistadores y las propias de descendientes de peninsulares.

En cuanto al léxico se introducen al vocabulario español voces propias de América, fundamentalmente indígenas, y usos de palabras españolas con significado diferente en el Nuevo Continente.

La identidad de una lengua única, independiente y consolidada en los ámbitos políticos, fiscales y administrativos se robustece en el siglo XVIII con la llegada de los Borbones al poder. Se genera una actitud positiva hacia los ideales de

un español literario, correcto y culto y una actitud negativa hacia el habla popular, vulgar y a la inserción de extranjerismos.

Tales valores orientan la creación de la Real Academia Española de la Lengua (RAE) y la elaboración del Diccionario de Autoridades, que registra una variedad de lengua conso-

lidada históricamente y respaldada en la escritura canónica española. Así, las leyes borbónicas imponen el español como lengua única frente a las indígenas, y se hacen contrastes léxicos entre los usos españoles y los americanos, teniendo como modelo de contraste el mencionado diccionario.

Sería hasta el siglo XIX cuando se da inicio a la sistematización de variantes del español propias de América, la conformación del concepto de americanismo, la posición política respecto a la lengua en América y los proyectos lexicográficos de americanismos. A fines del siglo XX e inicios del XXI se fortalece el concepto de policentrismo lingüístico mientras que desde la RAE y la ASALE (Asociación de Academias de la Lengua Española) se propone una política del español democrático, internacional y de comercio.

Posterior al surgimiento de las repúblicas hispano-americanas se da un proceso de consolidación política con el objetivo de delimitar una identidad cultural y política. Desde la perspectiva lingüística se establecen dos posiciones, por un lado, la separatista, proyectada desde ideas políticas a la originalidad y autonomía respecto a la norma-

La identidad de una lengua única, independiente y consolidada en los ámbitos políticos, fiscales y administrativos se robustece en el siglo XVIII con la llegada de los Borbones al poder

tiva española frente a la lengua; por otro lado, la postura unionista, respaldada con obras gramaticales e investigaciones filológicas, que buscan la unidad y la intercomunicación entre las nuevas naciones y España.

DESARROLLO DEL ESPAÑOL EN COLOMBIA

El periodo de la Conquista (1500-1560) se caracteriza por exploraciones en el Litoral Caribe, inestabilidad fundacional y la catástrofe demográfica generada por el exterminio de seis millones de indígenas, entre una población de once millones. En este tiempo los españoles conforman familias con mujeres indígenas o las convierten en servidumbre con la que tienen hijos, situación que inicia un proceso de mestizaje que se verá reflejado en las lenguas usadas.

La Colonia (1560-1820) en Colombia se divide en una etapa inicial (entre 1560 y 1620), en la que sobreviven menos de dos millones de indígenas, que viven en pueblos nativos o reducciones. Mientras tanto, los españoles se concentran en el Caribe y los Andes occidentales y orientales, y los mestizos se ubican en pueblos, villas y en las afueras de las ciudades.

La comunicación entre lugares poblados era compleja, especialmente entre el Caribe y los Andes. El español se escribía en las grandes ciudades, como Santafé, Cartagena o Popayán; y en la periferia se usaban lenguas indígenas o español con rasgos indígenas.

En una segunda etapa colonial (1620-1770) se avanza en estabilidad y bonanza económica, lo que permite consolidar comunidades con un habla definida y diferenciada, aunque se reducía su dominio a espacios limitados de villas, pueblos y ciudades. A partir de 1630 aumentan los africanos en

el Caribe, Pacífico y Andes occidentales. Sin embargo, entre 1730 y 1780 la cantidad de mestizos se amplía constituyéndose en el grupo demográfico más grande de Colombia.

La política lingüística de la Corona española respecto al español en Colombia en la Colonia, tuvo como centro la instauración del español como lengua vehículo de comunicación con los indígenas para incorporarlos al sistema cultural, religioso, económico, político y cultural español. En este proceso se dio la discusión acerca de la conveniencia de la comunicación y enseñanza en español o en lenguas indígenas, con las correspondientes actitudes positivas y fundamentalmente negativas hacia los indígenas, su cultura, su espiritualidad y su visión de mundo. Desde esta perspectiva, la dicotomía se daba entre español y lenguas indígenas, pero no en el español mismo o en sus características.

En el siglo XVIII, la política lingüística del Reino español busca que el castellano se imponga sobre las lenguas indígenas, en la medida en que este idioma es usado por los monarcas y conquistadores y opera como vehículo cultural, político y administrativo.

En 1770, Carlos III emite una Cédula Real en la que prohíbe el uso de lenguas indígenas en todo el territorio dominado por el Reino de España y enfatiza en la instrucción religiosa, en la lectura y en la escritura en lengua castellana. En tal sentido, ordena a los obispos y párrocos que funden escuelas en las que se enseñe español en todos los pueblos, con el objetivo de que este se utilice como lengua universal en los territorios gobernados.

Entre 1770 y 1820, se da el Movimiento Comunero y la Independencia, se estabiliza el crecimiento de la pobla-

ción y se fortalecen procesos sociales, políticos e identitarios de las diferentes poblaciones. Como consecuencia, aumenta el uso del español en el país y se vislumbra un primer panorama de sus variedades actuales.

Con la independencia de la Gran Colombia el tema central es la formación del ciudadano, no específicamente para los indígenas o los afrocolombianos. En 1820 el gobierno decreta que los establecimientos educativos de Cundinamarca dependen del gobierno y se proclama que la educación y la lecto-escritura son vehículos principales para la ciudadanía, en tal perspectiva se decreta que cada colegio ha de seguir el método Lancasteriano. Las primeras letras incluían retórica, gramática del español y del latín, matemáticas y filosofía.

EL ESPAÑOL DE COLOMBIA, EL MEJOR DEL MUNDO

En el siglo XIX surge en Colombia de manera extendida la idea de que allí se habla el mejor español del mundo. Desde una visión externa se veía a los bogotanos como cultos, inteligentes y con habilidades comunicativas que evidencian y resaltan su inteligencia, ingenio y manejo avanzado de la lengua.

Tales características lingüísticas, cognitivas y culturales otorgadas a los bogotanos del siglo XIX fueron forjando el imaginario que etiquetaría a la ciudad de Bogotá como la Atenas suramericana. Personajes como Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo, José María Vergara y Vergara, Ezequiel Uricochea, Rafael Núñez, Rafael Uribe Uribe y José Manuel Marroquín, entre otros, buscan el buen hablar y su relación con la consolidación de una identidad nacional a fines del siglo XIX e inicios del siglo XX.

Ciertamente la preocupación por el cultivo de la lengua, promovida por estudiosos de la lengua como Cuervo, Vergara y Bello estaba ligada en esta época a la constitución de nación. Fundamentalmente se propendía por la sistematización de un modelo lingüístico gramatical, léxico-gráfico y literario, como parte de una búsqueda de identidad, basada en el sostenimiento del

orden social a través de la tradición propia, tanto de la vida pública como privada de una nación, difundida y formada desde la educación general y continuada, orientada por representantes de las clases ilustradas.

En suma, la actitud positiva hacia el habla de Bogotá como modelo lingüístico proviene del siglo XIX y coincide con otras realidades hispanoamericanas en las que se continúa desde aquella época, y hasta la actualidad, con un sistema de valores, creencias y actitudes que han perdurado debido a una posición hegemónica, sustentada en el prestigio, la posición política, socio-económica y académica de los teóricos de la lengua, además de su incidencia en la educación, la prensa y las instituciones gubernamentales y de la lengua.

Con la Ley 1381 de 2010 de Lenguas Nativas se buscaba establecer medios culturales, educativos, tecnológicos, comunicativos, legales y jurídicos para la protección, uso, conservación, preservación y difusión de las mismas

IDENTIDAD LINGÜÍSTICA EN LA ÉPOCA REPUBLICANA

La política lingüística en Colombia desde la época republicana, en la Constitución de 1886 hasta la Constitución

Política de 1991, se caracteriza por la actitud de superioridad, negación e imposición del español sobre las demás lenguas del país con el interés de la buena y correcta expresión en el uso oral y escrito.

A partir de la independencia y a lo largo de todo el siglo XIX se evidencia la relación entre lengua, pensamiento, orden social, buen juicio y claridad y limpieza en el discurso, influenciada por Melchor de Jovellanos y las ideas de Gramática General de Condillac. También aumenta la consciencia del español como lengua nacional, lengua de comunicación, de ejercicio de la acción política y pública, y lengua literaria que engloba un patrimonio cultural.

A finales del siglo XIX y parte del siglo XX, Colombia estaba gobernada por políticos ligados a la gramática como legitimadora del poder: Miguel Antonio Caro, vicepresidente en 1892 y presidente en 1894; José Manuel Marroquín, presidente en 1898; y Marco Fidel Suárez, presidente entre 1818 y 1922.

Todos ellos realizaron diferentes obras de gramática, ortografía, ortología y estudios de la lengua con el fin de cultivar el buen hablar, la corrección y la ordenada estructuración y enunciación de las ideas, ligando la norma del español de Madrid con la del español de Bogotá, vinculando así el proyecto de nación con el hispanismo cultural y lingüístico.

El 10 de mayo de 1871 Miguel Antonio Caro y José Manuel Marroquín fundan la Academia Colombiana de la Lengua (ACL), dependiente y subordinada respecto a las decisiones idiomáticas a la Real Academia Española, la cual ha tenido como función velar por el enriquecimiento

del español y mantenimiento del idioma, y determinar la norma de corrección del español usado en el país.

La Constitución Política de 1991 declara que Colombia es un país pluriétnico y multicultural lo que persigue una actitud de reconocimiento de la diferencia, de la diversidad y de la riqueza del otro como otro. Esto constituye un hito en el reconocimiento de las lenguas indígenas, afrocolombianas, rom (o romaní) y la lengua de señas colombiana como co-oficiales en Colombia.

En el marco de la Constitución de 1991, la Ley general de Educación 115 de 1994, artículos 21 y 23, decreta las bases curriculares y de formación para las lenguas del país: «Objetivos de la educación básica primaria [...] El desarrollo de las habilidades comunicativas básicas para leer, comprender, escribir, escuchar, hablar y expresarse correctamente en lengua castellana y también en la lengua materna en el caso de los grupos étnicos con tradición lingüística propia».

La Ley 1381 de 2010 de Lenguas Nativas trata sobre el: «Reconocimiento, fomento, protección, uso, preservación y fortalecimiento de las lenguas de los grupo étnicos de Colombia y sobre sus derechos lingüísticos y los de sus hablantes». Con esta ley se busca establecer medios culturales, educativos, tecnológicos, comunicativos, legales y jurídicos para la protección, uso, conservación, preservación y difusión de las lenguas nativas del país.

Recientemente se ha culminado un proceso de construcción del Plan Nacional de Lenguas Nativas, fruto de la Ley 1381 de 2010, con la participación de un equipo interministerial, el Consejo Nacional de Lenguas Nativas,

y comunidades, pueblos y organizaciones de lenguas indígenas, criollas, rom y de la lengua de señas colombiana.

Los estudios sobre el español de Colombia tienen una tradición que surge con *Apuntaciones críticas del lenguaje Bogotano* (Cuervo, 1872), e incluye a los autores M. A. Caro, E. Uricoechea, M. F. Suárez, S. Pérez, M. Ancizar, J. Triana, Uribe Uribe, Sundheim, Revollo, Restrepo, Tascón, Tobón y Acuña, quienes durante el siglo XIX adelantaron trabajos acerca de la lengua, como *El castellano en mi tierra* y diversas obras lexicográficas con glosarios y vocabularios que contrastaban la norma lingüística culta con el léxico popular y regional.

Sería en 1942, con la creación del Instituto Caro y Cuervo (ICC), cuando se retoman los estudios de Rufino José Cuervo y se desarrollan investigaciones lexicográficas, dialectológicas y literarias. Surge el macroproyecto y expedición científica Atlas Lingüístico-etnográfico de Colombia (ALEC), para el que se inician labores de indagación en 1947 con la exploración de atlas lingüísticos en Estados Unidos por parte de José Manuel Rivas Sacconi, y se continúa con una investigación que culmina con la publicación en 1983 del VI y último tomo del ALEC.

Esta investigación permitió llegar a un conocimiento científico de los dialectos y divisiones léxicas del país, describiendo los rasgos lingüísticos de las más de 250 localidades a las que visitaron los investigadores del proyecto. Al respecto se destacan los numerosos escritos de Luis Flores y José Joaquín Montes, entre otros, en los que se puede ver en detalle la caracterización lingüística del español de Colombia.

Actualmente el equipo de investigadores de la línea de Lingüística de Corpus y Computacional del ICC (LICC) adelanta aplicativos de documentación (CLICC), de repertorios léxicos (LEXICC) y de Sistemas de Información Geográfica (SIGICC) para la creación de mapas y atlas para recolectar, analizar y sistematizar las variedades lingüísticas del país.

CLASIFICACIÓN DE LAS VARIEDADES DEL ESPAÑOL

Como gran conclusión de los estudios lingüísticos acerca del español de Colombia, tenemos la propuesta de Montes (1982) de dos grandes superdialectos fundamentados en la bipartición, según el tipo de zona geográfica en la cual se realiza.

Por un lado, el español centro-septentrional, propio de la zona septentrional de la Península Ibérica y las tierras altas de América; y, por otra parte, el Español meridional, propio de la zona meridional de la Península Ibérica, Andalucía, las Islas Canarias y las tierras bajas del continente americano. Así, al aplicar esta clasificación al español hablado en Colombia, la zona centro-septentrional toma el nombre de Superdialecto A o Andino, y el meridional Superdialecto B, o Costeño.

En 2020, Néstor Ruiz Vásquez propone una nueva y actual división dialectal del español de Colombia en la que toma en cuenta divisiones que se han establecido para toda América hispanohablante, de tal manera que clasifica el español del Caribe colombiano como una variedad del Español Antillano que se habla en todo el Caribe americano.

Superdialectos	Dialectos	Subdialectos	Léxicos Regionales
ESPAÑOL ANTILLANO	CARIBE COLOMBIANO	Cartagenero	Bolívar
		Samarío	Magdalena
		Fonsequero	Guajira
		Sabanero	Córdoba
ESPAÑOL NEOGRANADINO	OCCIDENTAL	Antioqueño-Caldense	Antioqueño-Caldense
		Caucano-Valluno	Andes del Cauca/ Valle geográfico del Cauca
		Pacífico Septentrional	Chocó
		Pacífico Meridional	Costas del Valle del Cauca, Cauca y Nariño
	ORIENTAL	Santandereano	Santander/Sur del norte de Santander
		Cundiboyacense	Cundinamarca/ Boyacá
		Tolimense-Huilense	Tolima/ Huila/ Occidente de Caquetá
	LLANERO	Llanero Norte	Arauca/Casanare
		Llanero Sur	Meta
		Llanero Este	Vichada
	AMAZÓNICO	Amazónico	Guaviare/ Guainia/Vaupés
		Amazónico	Oriente de Caquetá/Amazonas
	ESPAÑOL ANDINO	ANDINO COLOMBIANO	De Tierras Altas
De Tierras Bajas			Putumayo

Fuente: Nueva propuesta de división dialectal del español de Colombia, Néstor Ruiz Vásquez, 2020.

De otro lado, clasifica el español de los Andes de Nariño y de Putumayo como una variedad del Español hablado en todos los Andes de América, caracterizado por su influjo Quechua. Otro gran bloque lo caracteriza como Español Neogranadino, dividido en cuatro grupos:

1. Dialecto Occidental, que comprende las variedades antioqueña-caldense, caucano-valluna, Pacífico septentrional y Pacífico meridional.
2. Dialecto Oriental, donde se habla santandereano, cundiboyacense y tolimense-huilense.
3. Dialecto Llanero, de zona Norte, Sur y Este.
4. Finalmente, destaca el español Amazónico, que surge de migraciones de zonas hispanohablantes de Colombia al Amazonas colombiano, caracterizado por tener contacto con lenguas indígenas.

Al cotejar la división geográfica con el desarrollo histórico del español, Ruiz Vásquez encuentra que existen tres zonas históricas del español en Colombia:

- Coloniales, expandidas en el Caribe, Andes occidentales y orientales (siglo XVI) y Pacífico zonas bajas (siglo XVII).
- Republicanas, el dialecto antioqueño-caldense (siglo XIX).
- Contemporáneas, en la Amazonía alta interior, Piedemonte de la Orinoquía y la Cordillera Oriental (siglos XIX y XX). ■

Julio Bernal Chávez, PhD. Coordinador de Investigación en el Instituto Caro y Cuervo.

Presencia de Colombia en el mundo del libro de España

DARÍO JARAMILLO AGUDELO

Pasa revista el autor a los narradores, ensayistas, poetas y editores que han escrito, vivido o sido premiados en España, a lo largo del siglo XX y comienzos del actual, con el premio Nobel Gabriel García Márquez, como eje y referencia ineludible. Un recorrido que comienza y concluye con la edición de la feria del Libro de 2021, dedicada a Colombia.



Cartel dedicado a Colombia por la Feria del Libro de Madrid en 2021.

Hace poco menos de treinta años comencé a recorrer las más notorias ferias del libro en lengua castellana por razón de mi trabajo vinculado a redes de bibliotecas. Durante una época, cada año vine a Madrid a fines de mayo y, desde entonces, estoy convencido de que, entre todas las ferias del libro, la de Madrid es mi absoluta preferida. Repaso los motivos y comienzo por los cuantitativos: estamos ante la vitrina con más títulos en el idioma, la mayor exhibición anual de libros en castellano. Alguna vez la Biblioteca Luis Ángel Arango hizo un muestreo de la cantidad de libros españoles que llegaban a Colombia por los canales comerciales: representaba el 15% del total de los títulos impresos en España. De modo que esta Feria, la que más diversidad reúne, es el medio ideal para la búsqueda de materiales editoriales.

Hace un cuarto de siglo, cuando la Editorial Pre-Textos comenzó a publicar mis libros, además de mi tarea como

comprador, comencé a vivir la Feria como autor. Y desde hace varias ferias es un ritual para mí estar un rato en la caseta de la editorial en compañía del poeta Mariano Peyrou, ambos en plan de firmar nuestros libros a quien quisiera. Para un poeta, este rito anual es una ceremonia de humildad, recomendable para no olvidar nunca el lugar que ocupa la poesía en el escenario de la mercadotecnia literaria.

Más allá y más acá de mis visitas de trabajo al Madrid de Feria y de mis siempre divertidas e ineludiblemente realistas sesiones de firmas en la caseta de Pre-Textos, buena parte de la euforia que este evento me provocó desde siempre la debo a mi pasión por la lectura, a mi amor por los libros. Y es este afecto, que me roba más de la mitad de mis horas, el que convierte en una aventura cada recorrido de exploración que hago y que repito en mis varias visitas a cada feria. La Feria del libro de Madrid, pues, me ha regalado a mí, su devoto de años, mucha alegría, mucha euforia, mucho placer.

Por todo esto, se darán cuenta ustedes del gusto que me da estar en la apertura de esta feria en la que Colombia es país invitado, y la emoción que me da el hacer público mi largo afecto por esta Feria y repetir sin redundar, porque sea un tan bien ajustado territorio de encuentro entre los libreros de la ciudad, los editores, las instituciones, las regiones y los gremios que editan.

LA EDAD DORADA DE LA QUE HABLABA DON QUIJOTE

Desde 1967 la feria se hace en el Parque de El Retiro, uno de los lugares más gratos de la muy grata ciudad de Madrid. Imposible un lugar más hermoso que este parque. Dice An-

drés Trapiello en su imprescindible libro titulado *Madrid* que El Retiro, el lugar favorito de Juan Ramón Jiménez y de Pío Baroja, es «único lugar de Madrid en el que todos se ponen de acuerdo. Si como la música pacífica a las fieras, el parque del Retiro mejora a los madrileños que van a él buscando, a menudo sin saberlo, lo mejor de sí mismos, la edad dorada de la que hablaba don Quijote.»

Y por todas esas cosas, por las utilitarias y por las más sensuales, la Feria del libro de Madrid es mi favorita entre todas. Por las horas que me ha dado,

entonces, agradezco a quienes me invitan a hablar en la apertura de la Feria de 2021 la posibilidad que me dan de manifestar mi viejo amor a este evento. Gracias a la Asociación de Librerías de Madrid, gracias a los distribuidores y editores de Madrid. Gracias por darme la oportunidad de agradecer. Y gracias por la invitación especial a mi país para esta Feria. Y es a la presencia de Colombia en el mundo de libro español a lo que me referiré en los siguientes minutos.

Hay ocasiones en que la prominencia de un personaje se destaca de manera tan evidente que, en lugar de seguir un orden cronológico, es preferible iniciar el cuento destacándolo. Gabriel García Márquez es, quién lo duda, el



La Feria del libro de Madrid me ha regalado a mí, su devoto de años, mucha alegría, mucha euforia, mucho placer

protagonista principalísimo de la literatura colombiana. Él es el único planeta y todos los demás meros satélites, si acaso, cuando no asteroides que, a lo mejor, poseen su propia órbita distante del sol macondiano que todo lo ilumina y engendra sus propias sombras pero que, con todo y eso, con lo insignificantes que se ven al lado del monstruo, tienen la modestia y la grandeza particulares de todo lo parroquial.

PRIMERA EDICIÓN DE «CRÓNICA DE UNA MUERTE ANUNCIADA»
Retrocedo al 28 de abril de 1981. Ese día se lanzó en Madrid (y en simultánea con Bogotá, Buenos Aires y Ciudad de México) la primera edición de *Crónica de una muerte anunciada*, compuesta por un millón ciento cincuenta mil copias. Ese día se vendieron en España treinta y cinco mil ejemplares. Todavía faltaban tres años para que recibiera el Nobel pero ya don Gabriel era un fenómeno de súperventas.

García Márquez se vino a vivir a España cuando acababa de publicar *Cien años de soledad*, en 1967, y aquí duró hasta 1975. Como quien dice, fue en Barcelona en donde se convirtió en celebridad mundial. Pero, yéndose, era tal su importancia como escritor que, aunque ahora viviera en México, podía estar presente para siempre en este país. Y aún ya desaparecido, su omnipresencia lo convierte en el más aparecido de los desaparecidos: este año, en esta Feria, es novedad Gabo y Mercedes: una despedida, que publicó su hijo Rodrigo García. A esta novedad se refirió Patricia Lara: «está lleno de ternura, de distancia, de cercanía, de sinceridad y de amor, y se atreve a revelar los detalles más humanos del impacto de la enfermedad en

Gabo, y se aproxima a su final con tal maestría que, con seguridad, él, quien siempre lamentó que su muerte fuera la única faceta de su vida sobre la cual no podría escribir, estaría orgulloso de la perfección con que la había narrado su hijo». Y añade Patricia Lara: «Rodrigo no se detiene sólo en la enfermedad y en la muerte de sus padres sino que, a través de esas pocas páginas, los retrata, a Gabo con su disciplina de hierro, su capacidad de concentración, su sentido del humor, su interés por la música y por la gente (por toda la gente, desde los reyes y los presidentes hasta las cocineras y los choferes), y a Mercedes, con su complejidad y su dureza, acompañada de ternura a la vez».

Siguiendo con mi tema, escritores colombianos en España, vale la pena contar en este punto que el ejemplo de García Márquez provocó la llegada de otros escritores colombianos, entre los que cuento a Albalucía Ángel, Óscar Collazos y R.H. Moreno-Durán quienes vivieron durante varios años en Barcelona. Y como Ricardo Cano Gaviria que desde 1970 continúa en estas tierras, adonde también llegó para quedarse Dasso Saldívar, el autor de *Viaje a la semilla*, la biografía de García Márquez que el mismo Gabo pudo leer y admirar.

García Márquez, pues, es la principal y cada vez más vigente presencia de los colombianos en el mundo del libro en España. Pero no fue la primera. Hay un caso al que se refirió el mismo Gabo, según lo cuenta su amigo Guillermo Angulo en una entrevista sobre su reciente libro acerca del dueño de Macondo. Dice que García Márquez «tenía una gran admiración por el éxito de Vargas Vila porque era el único colombiano que podía vivir de la venta de

sus libros. Me dijo: «Yo creo que, como él, cuando yo me muera, se van a olvidar de mí. Y cómo él, yo voy a morir en Barcelona». Se equivocó.

En verdad, tal vez en lo único en que se parecen Gabo y Vargas Vila es que vendían mucho sus libros. Pero la prosa del modernismo, y muy particularmente la de José María Vargas Vila, suena hoy pomposa, demasiado oratoria, y por eso mismo hueca. A pesar de que se propone la música, si la tiene, es estridente. Para el gusto de hoy, la prosa de Vargas Vila confunde la ostentación con el lujo y el patetismo con la profundidad. Sin embargo, como el reconocimiento depende de la moda y la moda cambia, sostenido por su capacidad para denostar, a lo mejor le lleguen mejores tiempos a su prestigio de gran escritor. Lo que interesa aquí es que, así como García Márquez llegó a vivir a Barcelona en 1967 siendo ya un superventas, en 1918 José María Vargas Vila se instaló en Barcelona en la misma calidad de gran vendedor de sus libros, y viviendo de un contrato jugoso con la Editorial Sopena para publicar sus obras completas. Y allí vivió como una celebridad hasta su muerte, ocurrida en 1933.

El novelista Eduardo Caballero Calderón fue agregado en la embajada colombiana en Madrid entre 1946 y 1948. En 1950 publicó un libro de tema español *Ancha es Castilla*. En 1953 estuvo involucrado en un proyecto editorial en Madrid, la fundación de Ediciones Guadarrama. Y no fue el único emprendedor de aquel tiempo en el que interviniera un colombiano. El siguiente año, 1954, el filósofo Rafael Gutiérrez Girardot figura entre los cuatro cofundadores de Editorial Taurus.

El gran momento de Caballero Calderón en el mundo del libro español ocurrió en 1965 cuando su novela *El buen salvaje* obtuvo el Premio Nadal. A propósito, sin vivir nunca en España, dos años antes, en 1963, este prestigioso premio fue ganado por *El día señalado* de Manuel Mejía Vallejo.

En 1950 llegó a Salamanca un joven estudiante de filología que, al año siguiente, obtuvo un premio de poesía organizado por la Editorial José Janés (en el jurado estaban Dámaso Alonso y Eugenio D'Ors). El poeta era Eduardo Cote Lamus y el libro ganador se titula *Salvación del recuerdo* y fue publicado en 1953 por el editor barcelonés.

En 1951 llegó el poeta Eduardo Carranza como agregado cultural de la embajada. Estuvo hasta 1958, publicó *Alhambra*, un libro de poemas con prólogo de Dámaso Alonso, hizo amistad cercana con poetas españoles como Vicente Aleixandre, como Leopoldo Panero. Por la misma vía, nombramientos en la diplomacia, llegarían años después el poeta Juan Gustavo Cobo Borda y el crítico Conrado Zuluaga, otro biógrafo de García Márquez.

PREMIO PLANETA PÓSTUMO

La lista de diplomáticos colombianos en España relacionados con el mundo del libro no se agota con estos nombres. Está también Jesús Zárate Moreno, fallecido en 1967, quien ganó con *La cárcel* nada menos que el premio Planeta en 1973, seis años después de muerto. Sus hijos habían mandado la novela al concurso y, a raíz de tan inesperado resultado, Planeta «decidió modificar las bases del certamen y así impedir que en el futuro ganara el premio

la obra póstuma de algún escritor español o hispanoamericano», según cuenta la Wikipedia.

El libro como objeto, todos ustedes lo conocen mejor que yo, comienza por el escritor de un texto, pero los que siguen son otros varios pasos hasta llegar al lector. Ya continuaré más adelante con los escritores colombianos presentes en el mundo bibliográfico español, pero creo que es el momento de recordar colombianos que han participado en forma destacada en diferentes fases de la producción bibliográfica.

En 1989 se inició la edición de poesía de Galaxia Gutenberg y en 1997 se formalizó una colección de poesía. Desde el inicio, esta colección fue dirigida por el poeta antioqueño Nicanor Vélez. Su trabajo allí incluye las obras desde Rubén Darío a poetas clásicos de nuestra lengua, como Borges, Neruda, Paz, Parra, Valente y Gil de Biedma; y poetas principales de la modernidad y, en Galaxia Gutenberg, Vélez incluyó la poesía reunida de Giovanni Quessep. La mano derecha de Nicanor Vélez, hasta su muerte en 2011, fue el poeta bogotano Juan Pablo Roa, residente en España desde los noventa, ganador del premio Vila de Martorell con su libro *Existe algún lugar en donde nadie* (2011). Posteriormente, Roa inició en Barcelona la librería y editorial Animal sospechoso.

Como dije, Ricardo Cano Gaviria llegó a España en los años setenta, y aquí sigue su trabajo de narrador y ensayista, dirigiendo junto con su mujer la editorial Igitur. En 1988 fue ganador del premio de novela Navarra. Allí, en esa editorial Igitur, el editor, corrector, maquetista ha sido durante años el también colombiano Juan José de Narváez.

No era propiamente una editora, pero la narradora bუმanguesa Elisa Mújica dedicó buena parte del tiempo que vivió en Madrid entre 1952 y 1959 a preparar la edición completa, con sus notas y su prólogo, de las *Reminiscencias de Santa Fé y Bogotá* de José María Cordovez Moure, cuyas mil seiscientas páginas editó Aguilar en sus colecciones encuadernadas en piel, un hito en la bibliografía colombiana.

La tradición de editores notables continúa, hasta hoy, con nombres tan destacados como Santiago Tobón, fundador –y director actual– de la Editorial Sexto Piso en España. Y con el notable papel de Pilar Reyes, desde 2014 directora editorial de Alfaguara y Taurus en el grupo Penguin.

No se agota con estos personajes el elenco de colombianos que participan en la cadena del libro. Y la lista no estaría completa sin el nombre de un librero ya legendario, cofundador de la librería Central hace un cuarto de siglo, director de la misma desde entonces, don Antonio Ramírez.

A medida que avanzo cronológicamente, también crece la cantidad de colombianos vinculados al mundo del libro en España, hasta el punto de que mi problema ahora es evitar que este texto se convierta en una lista monótona y, de todos modos, incompleta. Así que, sin la intención de ser exhaustivo, adopto dos lazarillos que me permitan continuar mi recorrido con alguna coherencia y algo de novedad; ellos son los premios y distinciones obtenidos por colombianos y mi pasión por la poesía.

Hace exactamente cincuenta años, en septiembre de 1971, un jurado presidido por el premio Nobel Miguel Ángel Asturias le concedió el premio Manacor de novela a *Cóndores no entierran todos los días* de Gustavo Álvarez Gardeazábal.

Ya desde 1970 Barral Editores, como quien dice el mismísimo Carlos Barral en persona, fue el primero en imprimir un volumen con la poesía reunida de Álvaro Mutis. Y, sin vivir nunca en España, fue en este país en donde se publicaron sus novelas, una por una primero y reunidas después, en dos ocasiones, primero la Editorial Siruela en 1993 y luego Alfaguara en 1996. Pero sus reconocimientos más notables vinieron después: en 1997 el Premio Reina Sofía y el premio Príncipe de Asturias y, en 2001, el Premio Cervantes. Así, Álvaro Mutis viene a ser el escritor colombiano más premiado en España. Y su seguidilla de distinciones fue el desencadenante de la racha de premios a colombianos que vendría con el nuevo siglo.

Durante la primera época del Premio Biblioteca Breve, en los sesenta y setenta del siglo pasado, ningún colombiano lo ganó; quien llegó más lejos fue Manuel Zapata Olivella, finalista en 1962, año en que ganó *La ciudad y los perros* de Vargas Llosa. Fue tan solo en su segunda época, ya en este siglo, cuando, por fin, un colombiano, Mario Mendoza, obtuvo el premio Biblioteca Breve en 2002. Ángela Becerra ganó en 2005 el Premio Azorín, en 2009 el premio Planeta-Casa de América y en 2019 el premio Fernando Lara. También ha ganado varios premios la poeta Piedad Bonnet: en 2016 el premio de Generación del 27 y, antes, en el 2011 el Premio Casa de América de poesía americana. Este mismo premio le fue otorgado en 2009 a Juan Manuel Roca y en 2003 a Ramón Cote Baráibar. Cote Baráibar también se ganó el premio Unicaja en 2009. Sin contar el día de hoy, cuando ha ganado varios premios la versión cinematográfica de *El olvido que seremos*, la cró-

nica superventas de Héctor Abad. Hablando de crónicas, vale la pena mencionar la aceptación que han tenido en España los libros de Germán Castro Caicedo y, más recientemente, del muy singular Alberto Salcedo Ramos.

ELOGIO DE VARGAS LLOSA

También el ensayo colombiano ha sido distinguido con premios. Carlos Granés obtuvo en 2011 el Premio Internacional de ensayo Isabel Polanco con *El puño invisible. Arte, revolución y un siglo de cambios culturales*. El acta del jurado presidido por Fernando Savater describe este texto como «un recuento narrativo de las vanguardias occidentales del siglo XX, desde el futurismo hasta la posmodernidad con agilidad cinematográfica, profundidad y creatividad». Por añadidura, Mario Vargas Llosa le dedicó una nota muy elogiosa, merecidamente, en donde declara: «No creo que nadie haya trazado un fresco tan completo, animado y lúcido sobre todas las vanguardias artísticas del siglo XX como lo ha hecho Carlos Granés en el libro que acaba de aparecer: *El puño invisible. Arte, revolución y un siglo de cambios culturales* (Taurus). Lo he leído con la felicidad y la excitación con que leo las mejores novelas».

En 2006, Evelio José Rosero recibió el premio Tusquets de novela con *Los ejércitos*. Antes, en 1986, Rosero fue finalista en el Premio Herralde de novela con *Juliana los mira*. Y, en 2010, el mismo premio Herralde fue obtenido por Antonio Ungar con su novela *Tres ataúdes blancos*. En 2014 el manizalita Octavio Escobar Giraldo fue el ganador del premio de novela ciudad de Barbastro con *Después y antes de Dios*. Hace pocos meses, Escobar Giraldo tam-

bién obtuvo el premio Internacional de Poesía Las Palmas de Gran Canaria con *Manual de Hipocondría*.

Actualmente, y desde hace varios años, el premio de novela más apreciado en nuestro idioma es el Alfaguara, que han obtenido cuatro colombianos: Laura Restrepo con *Delirio* en 2004, Juan Gabriel Vásquez con *El ruido de las cosas al caer* en 2011, Jorge Franco con *El mundo de afuera* en 2014 y Pilar Quintana este año. El efecto es que sus nombres quedaron desde entonces en el mercado librero del idioma, tanto en España como al sur del Río Grande. La ganadora de este año, *Los abismos*, es una excelente novela que se inscribe, con mucha originalidad, en el tema del adulterio. Pero no es una más en esa tradición donde las cumbres son *Madame Bovary* y *Ana Karenina*. En el caso de la novela de Pilar Quintana, la narradora es una niña, la hija, sin la edad suficiente para entender las pasiones de la carne, pero con la lucidez necesaria para intuir el dolor y las situaciones límite, como lo manifiesta en las relaciones con su muñeca, muñeca que, según la niña, termina quitándose la vida.

Aún sin ganar premios, en los últimos años ha circulado en España narrativa de otros autores colombianos, como Ricardo Silva, Yolanda Reyes, Juan Esteban Constaín, Juan Cárdenas, Tomás González, Luis Noriega, William Ospina, Adriana Hoyos, Santiago Gamboa, Pablo Montoya, Sergio Álvarez, Daniel Ferreira, Consuelo Triviño, Samuel Serrano, Sara Jaramillo Klinkert y Lorena Salazar.

Aparte del reconocimiento universal que obtuvo la novela *María* de Jorge Isaacs casi inmediatamente después de su publicación en 1867, y al que no fueron ajenos los españoles, que yo sepa, las primeras menciones a poetas

colombianos en España, proceden de Marcelino Menéndez y Pelayo y de Juan Valera.

En 1902 se publicó en Madrid por Jubera Hermanos Editores el *Tesoro poético del siglo XIX* del sacerdote jesuita Vicente Gómez-Bravo. Es una antología y en ella figuran tres poetas colombianos, José Eusebio Caro, Julio Arboleda y Gregorio Gutiérrez González.

Enseguida sigue recordar que doce años después de su muerte, la casa Maucci de Barcelona imprimió en 1908 el primer libro que se publicó de José Asunción Silva con un precioso prólogo de don Miguel de Unamuno.

La misma Casa Editorial Maucci publicó en 1914 un Parnaso colombiano, 67 poetas seleccionados por Francisco Caro Grau, que tuvo varias ediciones. También en 1914 Eduardo de Ory publicó en Cádiz otro Parnaso Colombiano con 87 poetas y un prólogo de Antonio Gómez Restrepo. La siguiente ocasión en que se editó en España una antología de poemas colombianos fue en 1957, cuando la Biblioteca Nueva de Madrid publicó el tomo correspondiente a Colombia de la Antología de poesía hispanoamericana.

El acta del jurado presidido por Savater describe «El puño invisible» como «un recuento narrativo de las vanguardias occidentales del siglo XX, desde el futurismo hasta la posmodernidad con agilidad cinematográfica, profundidad y creatividad»

MÁS POETAS GANADORES DE PREMIOS

Volviendo a nuestro tiempo, aparte de los ya mencionados, todavía hay más poetas ganadores de premios de poesía. En

2009, John Galán Casanova ganó el premio Villa de Cox con *Árbol talado*. En 2014 el premio Loewe a la creación joven fue para *Contratono* de María Gómez Lara. La poeta antioqueña Marcela Duque fue galardonada con el premio Adonais de poesía en 2018 por *Bello es el riesgo*. Y el premio Arcipreste de Hita fue obtenido por el barranquillero Carlo Acevedo en 2018 con *Fortuna del día* y por Amalia Moreno en 2020 con su libro *Tal vez hoy sobre mañana*. Y, como para celebrar en esta Feria, el poeta pereirano Sebastián Martínez Vanegas acaba de obtener hace diez días el premio de Poesía Joven de Radio Nacional de España.

Como ocurre con los narradores, también algunos poetas colombianos han merecido la atención de los editores y lectores españoles. La editorial riojana Fulgencio Pimentel publicó volúmenes con los poemas de Luis Carlos López y de Jaime Jaramillo Escobar. Visor, por su parte, editó volúmenes de Luis Vidales y de Aurelio Arturo. Valparaíso tiene en su catálogo libros de Juan Felipe Robledo y Federico Díaz-Granados. Y la editorial que tengo más cerca, la formidable Editorial Pre-Textos, no sólo se ha ocupado de publicar poetas tan reconocidos como León de Greiff, Raúl Gómez Jattin, Jaime Jaramillo Escobar, Juan Manuel Roca y Rómulo Bustos, sino que, además, ha publicado a algunos de los premios que he mencionado y a poetas actuales tan valiosos como Catalina González, María Gómez Lara, Wilson Pérez Uribe, Amalia Moreno y David Marín Hincapié.

Caja de sorpresas, documento, máquina del tiempo, compañero, compañía, juguete silencioso, gabinete de curiosidades, herramienta, guardador de secretos, arrullo, depósito de imágenes, fuente, contador de historias, ¿de cuántas maneras

puede llamarse ese objeto –sencillo y misterioso a la vez–, fetiche que nos convoca aquí, en su feria, la Feria del Libro? En un precioso ensayo, Umberto Eco lo llamó memoria vegetal; allí dice que «ante el libro, buscamos a una persona, una manera individual de ver las cosas. No intentamos sólo descifrar, sino que intentamos interpretar también un pensamiento, una intención. Al ir a buscar una intención, se interroga un texto, del que pueden darse incluso lecturas distintas. La lectura se convierte en un diálogo, pero un dialogo –y esa es la paradoja del libro– con alguien que no está delante de nosotros». «Naturalmente –dice más adelante Eco–, los libros pueden inducirnos a recordar también muchas mentiras, pero tienen la virtud, al menos, de contradecirse entre ellos y nos enseñan a valorar críticamente las informaciones que nos ofrecen. Leer ayuda también a no creer en los libros».

Subraya Eco que el libro, «la memoria vegetal tiene todos los defectos de la democracia, un régimen que, para permitir que todos hablen, es necesario dejar hablar también a los insensatos, e incluso a los sinvergüenzas (...). Y sin embargo, hay que conseguir establecer relaciones de amor con los libros de nuestra vida. Si uno lo consigue, eso quiere decir que se trata de libros que se prestan a una amplia interrogación, hasta tal punto que cada relectura nos revela algo distinto. Se trata de una relación de amor porque justo en el estado de enamoramiento los enamorados descubren, con alegría, que cada vez es como si fuera la primera». ■

Darío Jaramillo Agudelo es poeta, ensayista y novelista colombiano.

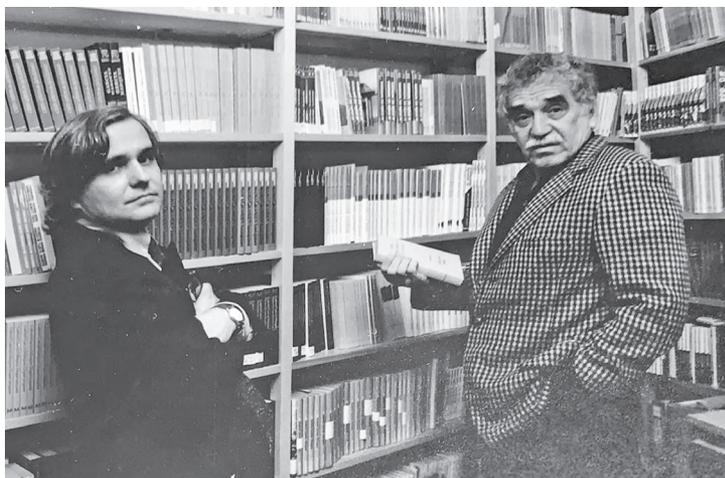
(Texto leído por el autor en Feria del libro de Madrid, el 10 de septiembre de 2021)

Colombia, la experiencia de quererla

Apuntes sobre personas,
encuentros y sobre el deseo
de la paz

JUAN CRUZ

Ya como periodista o como editor, el autor de este artículo es un gran conocedor de Colombia, su cultura y su literatura. En este texto evoca, de forma lírica, sus experiencias en el país a lo largo de tres décadas, así como sus encuentros con sus grandes figuras: desde Gabriel García Márquez a Sergio Cabrera, desde Juan Gabriel Vásquez a Héctor Abad Faciolince. Y, como fondo, el ansia de paz. «Siempre he soñado –escribe– que algún día se hará la luz en Colombia y será de día a todas horas».



Gabriel García Márquez, con el autor del artículo.

Foto: © EL PAÍS

Amo Colombia. Querer a un país tiene consecuencias: para llegar a ello, debes conocerlo de cerca, haber vivido sus controversias, sus angustias y su risa, y para mantener ese amor, esa cercanía, ese apoyo que de lejos y de cerca merecen su historia, su alegría y también sus sufrimientos, has de saber de él por sus categorías y por sus anécdotas, por su escritura y por su arte, por su política y por su ciudadanía.

A lo largo de más de treinta años (1991-2022) he vivido esa experiencia de quererla desde la primera noche en que llegué a aquel bullicio de Bogotá, la ciudad herida aun entonces por una guerra de la que había ecos concretos en las noticias y en la calle, pues el mal del terror seguía imperando desde hacía décadas, arrancando a jirones la esperanza de un país entero que, aun así, seguía comportándose como si mañana fuera a ser

el final de todo lo arisco y el principio de los nuevos abrazos.

Aquella era una guerra civil, prolongada por la maldad del terrorismo, marcada a fuego por esa barbarie, nosotros sabíamos de eso, y también sabíamos de los exilios y del miedo, así que aquel mayo de 1991, cuando toqué de cerca esa neblina real y moral que habitaba sobre la capital del país, sentí que una cosa es ver desde fuera las naciones en conflicto y otra es compartir el país de la comida, las risas, la tinta fresca de los periódicos, la música de la calle, la ambición de vivir en un lugar que no es solo el que dicen los noticiarios.

Entonces, cuando llegué, Bogotá era una ciudad lenta, la noche y el día eran cómplices del alma del país, atónito, pero esperanzado, desperezándose cada día de un atentado más, de una amenaza, y sin embargo viviendo, buscando una esperanza para seguir viviendo, por decirlo con un verso muy conocido del canario José Luis Pernas. Conocía ya a algunos colombianos, entre ellos a Gabriel García Márquez, o a Belisario Betancur, entre los más destacados de sus representantes en la tierra, y empezaba a saber de jóvenes como Héctor Abad Faciolince o William Ospina o Antonio Caballero o Laura Restrepo o Santiago Gamboa o Daniel Samper y los varios *Samperes* de Colombia, o de veteranos como Álvaro Mutis o Fernando Vallejo, alejados estos en los peculiares exilios de México, o de la extraordinaria periodista que es Ana Cristina Navarro, o tantos y tantos escritores, artistas, folkloristas, incluso futbolistas, que ya eran conocidos en España y en el mundo.

Conocía a muchos colombianos, pero nunca había pisado Colombia, empezando por Bogotá. Luego he estado a lo largo de los años, en Manizales, en Cartagena de Indias, en Santa Marta, en Aracataca, en Medellín. Tantos lugares, y tantas almas como

tiene el país. Y tantas hermosas bibliotecas. Vi su paisaje desde helicópteros o aviones, por carretera y desde los barcos, y siempre me sentí, en esos trayectos, escuchando la cadencia del extraordinario castellano que se transparenta en la calle y en la literatura, y en la excelente radio, en los cronistas extraordinarios, me sentí siempre como un colombiano, atravesado pues por los avatares de su historia.

* * *

La casualidad hizo que conociera primero al más grande de todos aquellos escritores que luego frecuenté mucho antes de viajar a Bogotá aquel día de mayo de 1991. Gabriel García Márquez vivía en la calle Caponata de Barcelona, y me recibió un día del invierno de 1970 sentado en el suelo de su casa, mientras observaba jugar a sus hijos. Tenía entonces el autor de *Cien años de soledad* la costumbre de usar un mono azul, como de trabajo bajo los automóviles, y allí estaba, recibiendo a un joven periodista que le había sido recomendado por una lista corta de generosos amigos comunes. Ya había

Siempre he soñado que algún día se hará la luz en Colombia y será de día a todas horas, y serán los libros y la buena voluntad los que habrán ayudado a que los hombres sean libres

pasado la curiosa clandestinidad de Gabo en Barcelona, adonde llegó antes del *boom* de su libro que pronto fue legendario, recibido por amigos como Beatriz de Moura o los Feduchi (Luis, el psiquiatra, el principal anfitrión de Gabo y de Mercedes, acaba de morir en Barcelona), y García Márquez era ya, ampliamente, el señor y dueño de la referencia literaria de Colombia en el mundo.

En ese momento era anécdota su cierta clandestinidad barcelonesa, donde contaba por las noches, en las salas de fiesta, como si no fuera suya, la trama tan colombiana de su libro ya hiperfamoso, y era un habitante habitual de las Ramblas y de los restaurantes, así recibía a Pablo Neruda o a Juan Carlos Onetti, y así recibió a este joven periodista, que nada más quería saludarlo, y al que él le hizo más preguntas que las que yo mismo llevaba preparadas. Así fue siempre después, y con todo el mundo: el hombre al que tantas preguntas quisieron hacerle los grandes y los medianos o los ínfimos periodistas eran en realidad víctimas de la curiosidad incesante de este hombre de la infinita metáfora colombiana, el autor del libro que mejor describe la paciencia que es de su país y que él con tanto tino describió, *El coronel no tiene quien le escriba*. El hombre que te interrumpía diciendo siempre, para que le contaras más, «oye tú, ven acá...»

Después Gabo levantó el vuelo de Barcelona y volvió a verlo en muchos sitios, y también en Madrid, adonde vino, entre otras cosas, a saber en *El País*, donde yo era un junior todavía, si era posible hacer en Colombia un periódico que se le pareciera, pues tras el Nobel él

quiso emprender una aventura así. El periódico, además, iba a llamarse *Uno* (así se llamó luego otro en Mendoza, Argentina) para que, al llegar al kiosco, los lectores dijeran «Déme Uno»... Lo vi, naturalmente, en Estocolmo, en la recepción de su Nobel, cuando los suyos convirtieron la capital sueca en cualquier sitio de Barranquilla o de Cartagena de Indias, y le vi varias veces en su casa de este lugar del mar que acogió el enorme homenaje que le dedicó el mundo académico, con Clinton como parte más vistosa de los invitados.

Por entonces ya Gabo iba perdiendo la memoria, pero aun así seguía haciendo preguntas, en este tiempo para situarse ante aquellos que le eran conocidos, pero de los que ya, con tanto dolor, pero también con tanta pericia, requería datos para situarlos en la historia de su vida... Aquel hombre que en torno a 2005 ya dudaba sobre quién era me respondió años atrás, una noche de 1995, por teléfono, desde México, a una pregunta que yo le hacía desde Extremadura, porque en *El País* querían saber cuál había sido el tenor de una cena que luego fue famosa, con Carlos Fuentes, con William Styron y con Clinton, ya presidente de los Estados Unidos, en una casa veraniega en Martha's Vineyard... Cuando supo que le llamaba desde la tierra de Gabriel y Galán, el Nobel se lanzó a decir de memoria *El Cristu Benditu*, hasta que dejó sin baterías el primitivo móvil que me había regalado precisamente su agente Carmen Balcells... Mucho tiempo después lo vi abrazar a unos y a otros sabiendo todos que cuando él prodigaba ese cariño risueño, él no sabía ya ni su nombre propio ni dónde estaba, y estaba por cierto en Guadalajara, México,

condecorando con su premio de Periodismo a la más grande de las amantes de Colombia, Alma Guillermoprieto...

Mientras ocurrió aquel homenaje a Gabo en Cartagena de Indias el periódico me mandó a ver qué había de él en Aracataca, y allá fui, en sucesivos medios de transporte, pasando por Santa Marta y por otros espacios tan hermanos de los paisajes humanos (y divinos) de Macondo, incluida una finca que tenía el nombre de mi tierra, Tenerife. Aracataca era un espectro polvoriento que contenía, uno a uno, todos los elementos que parecían misterios en *Cien años de soledad*... Su casa era la casa que se vislumbra en todos los libros de sus primeros tiempos, descascarillada y luminosa, sus recuerdos incrustados a golpes de chincheta en las paredes rotas, una muchacha que parecía un alfiler de ébano mostrando las estancias como si estuvieran habitadas por fantasmas...

En uno de los huecos del camino que llevaba al patio de los grandes árboles (que aparecen en *Cien años de soledad*) me señaló una cuna inexistente sobre un trozo de tierra que a mis ojos era como me iba diciendo la joven guía, de modo que no me costó nada ver ahí, dentro de aquella fantasmagoría de tierra, la figura menuda del Gabo niño durmiendo... Mientras me recuperaba de tales fantasmas cruzó al más allá que llegaba hasta una pared tupida la figura blanca, de ojos glaucos, de una mujer a la que la guía llamó Soledad Noches, como si fuera uno de los nombres que se dieron los Buendía... Ya en la calle, meciéndose bajo el sol sin brisa de Aracataca, un hombre vestido con pantalones

negros, sandalias y una camisa de asillas, que era el hermano de aquella dama y que se llamaba Nelson Noches, el mejor amigo de la infancia de Gabo, declaró ante mi desvarío que Gabo, a quien hacia un siglo que no veía, había estado esa misma noche jugando ajedrez con él como hacían siempre...

Yo estaba ya en una atmósfera en la cual no fue imposible que creyera que en medio de los trastos de una cocina de los alrededores estuviera la fábrica del hielo a la que se rinde homenaje en el famoso libro, nada más abrirse este, y que cerca estaban las grandes piedras, y así sucesivamente...

De pronto el gran libro se convirtió para mí en una historia realista, y ahí quise más a Gabo, un Pérez Galdós del realismo mágico, puntilloso retratista de todo lo que veía, y por tanto de lo que yo estaba viendo como verdad dicha por sus ojos...

* * *

Colombia, tantas Colombias. Conocí muy pronto, ya en Madrid, a un personaje que luego fue creciendo en mi vida, Sergio Cabrera, rescatado para la historia humana, y no solo cinematográfica, en la que ya estaba, por Juan Gabriel Vásquez, cuya novela *Volver la vista atrás* entró en la historia de Colombia con la fuerza de la calidad de contar, fenómeno tan colombiano. En

Aquella era una guerra civil, prolongada por la maldad del terrorismo, marcada a fuego por esa barbarie, nosotros sabíamos de eso, y también sabíamos de los exilios y del miedo

esa novela del que ya es una de las realidades literarias más sólidas de la lengua española se propone, y lo hace con éxito, contar la insólita historia de Sergio y de su hermana Marianella, llevados a China por su padre para seguir al dedillo los dictados de la revolución de Mao, y luego desengañados de aquel desatino... La narración que de esas historias humanas que desembarcaron (para eso fueron llevados a aquella China) en la guerrilla comunista colombiana es en cierto modo una metáfora redonda de la incomprensible historia de los sufrimientos, rabiosamente humanos, de Colombia... Y ahora siempre que lo encuentro en Madrid, y hablo con él, y lo escucho hasta en sus silencios, veo en Sergio a una víctima y a un héroe de aquella aventura que sólo se entiende mirándole a los ojos y leyendo a la vez, si eso se puede, el libro tan ilustre ya, de este hombre admirable que es el escritor Juan Gabriel Vásquez, aquel joven que años atrás vi hacer fila para que le firmara un libro en la Feria de Bogotá su maestro Mario Vargas Llosa, ahora su amigo y su crítico, el que da nombre al premio que obtendría años después en Guadalajara con el libro ya dicho, *Volver la vista atrás...*

* * *

Qué generación esa, la de Vásquez, qué grandes escritores nacieron años después de Gabo, y cuánto les costó salir de la estela del maestro, pues los españoles, por ejemplo, siempre tan comparativos, querían ver en ellos epígonos del Nobel, cuando en realidad cada uno era de su padre y de su madre, exactamente. En esa

generación despuntó en seguida, y yo lo vi saliendo del cascarón con mis propios ojos, Héctor Abad Faciolince, que vino como un adolescente en busca de cobijo y con sus libros bajo el brazo, y al principio, en esta patria del desapego hacia lo latinoamericano entonces, sólo encontró silencio o desdén... Hasta que un día, mucho más tarde, apareció su recuento amargo, y no tan solo, del asesinato del padre y luego de la soledad de recordarlo... Ahora Héctor es un habitante de Madrid, en busca siempre de cobijo o amparo, este hijo desolado y pródigo, buscando siempre en las geografías (Colombia, Italia, España) el asidero a sus literaturas... Aquel libro, *El olvido que seremos*, es ahora también cine español (y colombiano, y mundial) debido a Fernando Trueba, con un español genial, Javier Cámara, haciendo de su padre, don Héctor Abad, cuya memoria es ahora la de Colombia y también la de todos nosotros...

* * *

La literatura de Héctor, qué memoria fértil. Como la del que fue su amigo Fernando Vallejo, algún día se encontrarán otra vez, aunque sea en los sueños de sus glorias... A Fernando Vallejo lo descubrí en París, sentado al sol. Había comprado en francés su *La virgen de los sicarios*... Una escritura absorbente, como un bebedizo de ritmo y de gloria, y también de gloria maldita, como la revelación de una nueva manera de contar el mal y el bien en una especie de vallenato que incluye muerte y amor y violencia y música en la Sabaneta de Medellín... Fui luego el editor de ese libro, y conocí a Fernando, que es una de las

personas más adorables y pacíficas con las que he tenido relación en todos los años de mi vida, capaz sin embargo de arrasar, desde el lenguaje, desde la mirada incluso, con los paisajes que parecerían lechos de paz para su vida. Denuncia como el Quijote, escribe como los dioses, pero su lengua escrita es como una brasa que da fuego a su país y al papa. Un genio que ha hecho de su amor por Colombia un monumento de vidrio que rompe los ojos del que se acerca a tocarlo. La sangre que produce es también amor y es literatura.

* * *

Entre todos los hombres y las mujeres y los libros y el paisaje y la historia tan dura que ha sufrido Colombia hubo, en las conversaciones que ocurrieron, en las relaciones que he mantenido, siempre tuve la sensación de que aquella dureza de la vida que representó el asesinato como forma de amedrentamiento tenía su metáfora mayor en el disparo que segó la vida de don Héctor, el padre de Héctor Abad. Cuando lo conocí era aquel joven que ya he descrito, pero dentro de sí tenía un habitante que ahora esa Colombia capaz de acabar con la vida de quien más quería. De modo que cuando escribió al fin (en 2006) *El olvido que seremos* y lo publicó, me pareció que la purga de su corazón nos alcanzaba a todos, a los colombianos y a los que queríamos a Colombia.

Ese libro era como el don apacible de su carácter, escrito sin otro vuelo que el de contar, nos señaló exactamente el origen ruin de la matanza que había en Colombia, la naturaleza sin alma del terrorismo disfrazado de guerra pa-

triótica por una parte y por la otra, y además tenía como víctima a un hombre bueno, don Héctor, escrito por un hombre bueno, su hijo, al que yo jamás le he quitado de mis recuerdos como aquel joven que acompañaba, en las horas tristes que todo escritor tiene cuando no encuentra eco de sus

Vi su paisaje desde helicópteros o aviones, por carretera y desde los barcos, y siempre me sentí escuchando la cadencia del extraordinario castellano que se transparenta en la calle y en la literatura

primeros libros, en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. De pronto, leyéndolo en la misma playa tinerfeña donde ahora explico estos recuerdos, Héctor fue creciendo como un adulto, y su literatura se convirtió en Colombia, con sus heridas familiares verdaderas, un llanto que parecía, siendo sobre un hombre solo, aunque fuera un padre, un llanto por todos los que antes habían sido acribillados por metralla del mismo origen, el odio. Ese muchacho de gudejas rubias se hizo adulto con ese libro, que precedió, por las casualidades que tiene la vida, en la señal que se dio en Colombia para que se fuera envainando la maldad de la guerra.

Unos años antes de la publicación de ese libro decisivo para mi propio y personal entendimiento de lo que había sucedido en Colombia, estuve en un desayuno en un hotel como inglés de Bogotá. Allí estaban amigos como Conrado Zuluaga, R. H. Moreno-Durán y la poeta María Mercedes Carranza... Hablábamos del porvenir de aquel desastre, y ella, que estaba penando porque un hermano había sido secuestrado y no sabía nada de él, dijo que

aquel desafuero sólo lo arreglarían cincuenta años más o un poeta. Ella se suicidaría meses después (11 de julio de 2013) de esa profecía triste, dicha en medio de las discusiones sosegadas que de todos modos tenía con sus compañeros...

No fueron cincuenta años, sino algunos menos, cuando Colombia fue llamada a votar a favor de la iniciativa de paz más seria de los últimos decenios. Estaba abierta una esperanza a la que se sumó Héctor Abad Faciolince, que padeció tan grandemente la herida del terror. Él quería paz, sus palabras eran de paz, la paz que su padre buscó hasta que fue abatido por el horror mezquino que encerró en el frío a su país y a su gente aterida... Y en su pueblo, Medellín, viví la noche en que ese referéndum iba a decidir al menos el estado de ánimo con el que Colombia se enfrentaba a la disyuntiva: sí o no a la barbarie de matar...

Ahí triunfó el no, que luego recondujo la política, pero cuando se supo el mal resultado, de tan mal augurio, sentí que se estremecía en mí el lector de *El olvido que seremos*, e imaginé el rostro de aquel joven que escribió ese libro... Él era en cierto modo el poeta que reclamaba la poeta Carranza, y los años que lo precedían eran los años que quizá habían pasado simbólicamente para que Colombia fuera otra, el país soñado y verde y libre de la mala sangre. En aquella reunión en la que estaba la poeta que auguraba cincuenta años para que acabara el asesinato de los hombres por los hombres y también de la poesía, R. H. Moreno Durán me dijo que este país, Colombia, abrigaba el síndrome del doctor

Jekyll y míster Hyde: lo que hace de día lo deshace de noche. Se refería a aquel proceso de paz que entonces parecía la duda permanente y que aquella noche de Medellín era evidente que iba a descarrilar si no lo remediaba un poeta.

Siempre he soñado que algún día se hará la luz en Colombia y será de día a todas horas, y serán los libros y la buena voluntad los que habrán ayudado a que los hombres sean libres para tener en su sitio la alegría y la esperanza sin que una bala, como aquella que mató al padre de Héctor, esté por el aire amenazando acabar con la paz del aire y de la noche y de la vida. Ojalá Colombia, ojalá. ■

Juan Cruz es periodista y escritor.

Una cultura que atraviesa montañas

GERMÁN REY

Los procesos de modernización, el paso de un país esencialmente rural a la creación de grandes centros urbanos, la pluralidad étnica y lingüística son solo algunos de los factores que el autor enumera como detonantes de la explosión cultural del país. El artículo se completa con un detallado repaso del auge e internacionalización de los distintos sectores culturales, desde la literatura al teatro, desde la música a las artes plásticas, pasando por el cine o la producción para la televisión.



La obra de Fernando Botero es uno de los símbolos de la internacionalización de la cultura colombiana.

Foto: © Shutterstock.

El historiador colombiano Jaime Jaramillo Uribe decía que Colombia era un país mediterráneo que miraba fijamente hasta sus montañas. La figura que utilizaba era mucho más que una metáfora. En el país se extienden, de norte a sur, tres grandes cordilleras andinas y en el norte, al pie del mar Caribe, emerge la Sierra Nevada de Santa Marta, el conjunto montañoso más alto junto al mar de todo el planeta. Sin embargo, la razón del aislamiento no es solo la altura de sus montañas.

En el último siglo, la internacionalización de la cultura colombiana ha sido un fenómeno cada vez más importante. En primer lugar, por los densos procesos de modernización y secularización que se inician a fines del siglo XIX y que abarcan especialmente el siglo XX. Un país rural da paso a la conformación de núcleos urbanos y a un profundo fenómeno de urbanización de la vida social, mientras

la sociedad deriva hacia formas de secularización que replantean algunos de los lazos de su propia cohesión.

En segundo lugar, Colombia fue uno de los países latinoamericanos con una inmigración menos abundante y unos procesos de mestizaje interno presentes no sólo en sus tendencias de poblamiento y afirmación territorial, como en las circunstancias dramáticas de sus violencias vividas durante décadas.

En tercer lugar, la conformación de grandes macro regiones —el Caribe, el Pacífico, los Andes Orientales, los Andes Occidentales, la Orinoquia-Amazonía y el Macizo— con una gran diversidad ambiental y biológica, ha estado acompañada de una diversidad cultural prodigiosa que se manifiesta en su pluralidad étnica, la diversidad de lenguas (84 lenguas americanas nativas, 2 lenguas creoles, una de ascendencia británica y la única existente de ascendencia hispana en el mundo, una lengua rom y el español): y una desbordante creatividad que se expresa en la música, sus cocinas, las artes o sus artesanías y que, como dijo Gabriel García Márquez, conforman «una comunidad orgullosa de ser como es: independiente, inconforme, dividida e ingobernable»¹.

LA INTERNACIONALIZACIÓN HACIA ADENTRO

En cuarto lugar, ha existido a través del tiempo, una presencia persistente de artistas, pensadores y difusores culturales que han acentuado una visión internacional frente a los énfasis provincianos. Provenientes de diferentes países del mundo se asentaron en uno que consideraron el propio, mientras participaban activamente en la vida cultural colombiana a través de la pedagogía, el estímulo

lo de iniciativas culturales, el aporte a la irrupción de nuevas perspectivas de la ciencia y el desarrollo de las artes. Fueron decisivos para que la cultura atravesara las montañas.

Casimiro Eiger creó galerías de arte y escribió textos memorables sobre las transformaciones del arte moderno en Colombia²; Ernesto Volkening³ elaboró reflexiones brillantes que permitieron entender mejor y más profundamente un país que a ojos de otros no cambiaba y Marta Traba⁴ acompañó con lucidez las propuestas nacientes de los jóvenes artistas de la modernidad cultural colombiana. A mediados del siglo XX, el japonés Seki Sano introdujo al teatro colombiano en las teorías de Stanislavski antes de ser expulsado por subversivo; Hans Ungar⁵ y Karl Buchholz mantuvieron importantes librerías junto a salas de arte y publicaciones como la revista *Eco*; Leopoldo Rother⁶, Karl Brunner⁷ y Bruno Violi aportaron su visión a la arquitectura y José Antonio Roda⁸ compartió sus conocimientos de pintura con jóvenes artistas que años después destacarían nacional e internacionalmente.

No hay prácticamente ningún resquicio de la vida cultural del país que no haya recibido esta «irrigación» crítica y provechosa —museos, editoriales, revistas, formación musical, arquitectura, filosofía, urbanismo, artes visuales— que reemplazó la orfandad de una inmigración consistente y se ubicó en lugares estratégicos de la experiencia simbólica colombiana.

A comienzos del 2000 se estrenaron 8 películas colombianas, mientras que veinte años después, en el 2021 y en medio de la pandemia, se estrenaron 30

Junto a estos inmigrantes intelectuales, la figura del viajero⁹ ha sido una de las presencias que ha atravesado la historia de la cultura en Colombia y particularmente la construcción de una escena internacional. Viajeros colombianos en el exterior como los filólogos Ezequiel Uricoechea y Rufino José Cuervo, el poeta Porfirio Barba Jacob, la pintora Emma Reyes o más recientemente escritores como Gabriel García Márquez, Álvaro Mutis, Marvel Moreno, Óscar Collazos, Helena Araújo, Luis Fayad, Juan Gabriel Vásquez o Santiago Gamboa o pintores como Fernando Botero, Luis Caballero o Doris Salcedo, para citar solamente a algunos de diversas generaciones. También viajeros que han estudiado, pintado o escudriñado las realidades de un país que fueron conociendo a través de la combinación entre arte y exploración, observación y reconocimiento.

EL VIAJE: IDA Y VUELTA DEL RECONOCIMIENTO Y LA INTERNACIONALIZACIÓN

En el primer caso, el viajero parte del país mediterráneo hacia otros más abiertos y cosmopolitas. En el segundo, artistas y científicos extranjeros descubren las posibilidades de ese mismo país y dejan testimonio de su asombro frente a lo que descubren en sus costumbres, en sus formas de organización social, en su naturaleza o inclusive en sus terribles tensiones.

De un siglo a otro la figura de los viajeros cambia, pero hay perspectivas que se mantienen: la vivencia del tránsito, la voluntad de ver, la confrontación de modos de vida, la admiración ante las novedades y las constataciones de las diferencias.

Numerosos autores han mostrado la influencia de estos visitantes en la cultura y el pensamiento colombianos. Una de ellas, la pintora Beatriz González, en su *Manual del arte del siglo XIX en Colombia* mostró que este transcurrió entre el trabajo de los pintores de la Expedición Botánica dirigida por el sabio Mutis, el énfasis en el paisaje de Humboldt y la incorporación de los habitantes y sus costumbres en el paisaje que hizo la Comisión Coreográfica¹⁰.

El sentido inverso del viaje también ha contribuido a la internacionalización de la cultura colombiana, ya sea porque se ha aumentado el número de colombianos que estudian en el exterior o que enseñan e investigan en prestigiosas instituciones internacionales o porque creadores y expresiones culturales y artísticas colombianos aparecen en exigentes escenarios internacionales.

Pero el país que había adolecido de una inmigración contundente, con excepción de la costa Caribe y especialmente de Barranquilla, sí ha sido una sociedad con flujos migratorios internos y externos de una gran repercusión cultural. En las décadas de los 60, los 70 y los 80, millones de personas migraron y se asentaron en Venezuela¹¹, Estados Unidos y España. Medio siglo después, el país ha recibido un importante flujo migratorio de venezolanos y venezolanas para los que el gobierno del presidente Iván Duque creó el Estatuto Temporal de Protección para migrantes venezolanos (2021), que se ha apreciado en el contexto internacional como una medida de relevancia y sentido humanitario. La migración es sin ninguna duda uno de los escenarios más importantes de otra modalidad de la internacionalización producida por problemas inter-

nos de los países, pobreza y búsqueda de oportunidades, en que la cultura es una de las dimensiones fundamentales, ya sea por la defensa de los derechos culturales de quienes migran, los procesos de hibridación e interculturalidad que se generan, la posibilidad de conservar y desarrollar los trazos culturales del arraigo y del desarraigo, el fortalecimiento de las identidades culturales propias y el desarrollo de las oportunidades de expresión social y simbólica de los migrantes.

UN MUNDO QUE VARÍA, UN PAÍS QUE SE TRANSFORMA

Es en el siglo XX cuando se produce una mayor internacionalización de la cultura colombiana: por una parte, por las transformaciones que se dan en la escena internacional y, por otra, por las modificaciones nacionales producidas por procesos internos.

La modificación del escenario internacional fue definitivo tanto por el fortalecimiento de la mundialización, el fin de la Guerra Fría, el papel «*soft*» de la cultura dentro de la diplomacia internacional, el interés en ascenso de la comunidad internacional en temas como el medio ambiente, la resolución pacífica de conflictos o la protección de la diversidad cultural, el auge de la economía cultural y creativa, el fortalecimiento de la creatividad de las regiones, el desarrollo progresivo de las industrias culturales y creativas, el papel de convenciones internacionales de la cultura y la expansión vertiginosa del nuevo ecosistema digital. Todas estas dimensiones del nuevo escenario internacional tuvieron implicaciones directas en la internacionalización de las diversas expresiones culturales colombianas.

La globalización tocó de inmediato las puertas de la economía con el llamado proceso de «apertura», mientras que en el terreno político el hecho central fue la aprobación de una nueva Constitución Política (1991). Ambos procesos, con sus logros y sus limitaciones, incidieron en la internacionalización de la cultura a través de la creación del Ministerio de Cultura (1997), la promulgación de la ley general de cultura (1997), el reconocimiento del país como pluriétnico y multicultural y la valoración de la importancia de la cultura en la imagen de Colombia en el exterior, golpeada por numerosas vicisitudes con implicaciones internacionales, como la violencia interna, el desplazamiento forzado y las acciones del narcotráfico.

La apertura de los mercados, entre ellos los culturales, se produjo en consonancia con otros cambios que se estaban generando en el campo de la cultura como el reconocimiento de que la producción, circulación y apropiación cultural tenían que ver con el empleo, la industrialización, el intercambio de bienes culturales y la ubicación estratégica de la creatividad en el escenario internacional. La mundialización suponía una mayor receptividad de los productos culturales, pero también el peligro de la homogenización y unos procesos de selección que estaban muy determinados por las propias demandas del mercado.

La diplomacia cultural se incentivó por la mundialización y se impulsó por el papel de los medios de comunicación electrónicos, como la radio y la televisión y se amplió con la creación de internet, los soportes digitales y las redes sociales. En la radio ha sido decisiva la presencia emocional de la música en la que Colombia

presentaba ya hacia la mitad del siglo XX avances significativos y una patente diversidad, y en la televisión fue clave el desarrollo de las telenovelas que empezaron a competir internacionalmente con los países que en la segunda mitad del mismo siglo tenían una producción más avanzada como México, Brasil, Argentina y Venezuela. Lo interesante es que el melodrama colombiano, que circuló inclusive en países más allá de la órbita iberoamericana, significó un notable esfuerzo de recreación y una búsqueda de identidad que le facilitó no solo diferenciarse de otros modelos narrativos, sino participar activamente del mercado internacional.

La agenda de los intereses de la comunidad internacional sobre Colombia ha sido decisiva en la internacionalización de su cultura, porque el país ha estado muy vinculado con algunos de sus grandes temas de preocupación y además porque esos temas están conectados estrechamente con dimensiones y formas de expresión de la cultura. El medio ambiente ha estado ligado a la vida de los pueblos, comunidades étnicas y demás pobladores a través de expresiones de la danza, la música, las cosmovisiones y la artesanía; el conflicto armado ha impactado en la vida cultural de millones de colombianos y colombianas (se estima en 8.000.000 los desplazados internos), como también en sus procesos de reintegración comunitaria y territorial y en las manifestaciones artísticas de la memoria; y la diversidad cultural se expresa cotidianamente en un acervo lingüístico impresionante, un conjunto plural de tradiciones y manifestaciones patrimoniales tangibles e intangibles y unas creatividades que se relacionan y viven de la cartografía regional del país.

Si se revisan los programas de la cooperación internacional, así como de instituciones y organizaciones no gubernamentales de carácter internacional, se puede visualizar un interés bastante sostenido en estos temas, así como en los procesos de transformación y cambio social aún necesarios.

Paralela a estas modificaciones en el contexto internacional transcurría una renovación profunda de las industrias culturales y creativas en muchos aspectos: se modificaba su estructura industrial, se expandían los mercados mundiales, se incorporaba la digitalización a la producción y apropiación de los bienes simbólicos, se cambiaban dramáticamente los modos de circulación tradicionales aumentando las posibilidades de internacionalización de las expresiones culturales locales, se animaban los procesos de importación y exportación de bienes culturales a la vez que se reformaban los marcos regulativos nacionales e internacionales, por ejemplo los referidos a la propiedad y los derechos de autor.

Las convenciones internacionales, particularmente las promovidas por la UNESCO, han contribuido a la internacionalización de la producción cultural dentro de parámetros que suelen ir más allá de los determinados simplemente por el mercado. Muchas expresiones culturales populares colombianas han tenido una recepción muy interesante en escenarios internacionales que hasta hace unos años no frecuentaban como grupos de músicas tradicionales, cantadoras/es populares, creadores indígenas, jóvenes artistas de barrios populares o de sus diferentes regiones.

Si bien el contexto internacional ha tenido una gran importancia hay señas decisivas que provienen en las dinámi-

cas propias, de los signos de identidad nacional, es decir, de los acentos más territoriales. En otras palabras: la internacionalización de la cultura nace muchas veces de los procesos más locales y de lugares y experiencias tan entrañables como desconocidas. No es posible pensar el desarrollo del cine colombiano sin estos arraigos particulares o la vitalidad de rock nacional sin la convocatoria internacional de *Rock al Parque*, ni la presencia internacional del reguetón colombiano y de sus grandes figuras como J. Balvin o Karol G, sin las particularidades culturales de Medellín¹², ni las proezas excepcionales de la experimentación coreográfica del *Colegio del Cuerpo* sin su diálogo con la corporeidad, la sensibilidad y las estéticas de una danza que interactúa con los trazos más profundos de la vida social en Cartagena de Indias.

EL RECURSO A LAS REALIDADES DEL PAÍS

No es posible el reconocimiento de la producción audiovisual colombiana para televisión o para plataformas como Netflix o HBO, sin la recurrencia a las realidades que vive el país, así la creatividad las transforme o inclusive las exagere, ni conmovearse con géneros como la cumbia, hecha también en México o en las barriadas populares argentinas, sin vincularla al sentido del baile y la fiesta como también con los sufrimientos de regiones azotadas por formas de violencia a las que enfrentan con un sentido comunitario de una enorme resiliencia.

Pero estas conexiones no se encuentran solamente en las manifestaciones culturales populares, barriales o étnicas, sino también y de una manera muy vívida e interesante en expresiones artísticas, propuestas experimentales

y manifestaciones culturales innovadoras. De esta manera muchas expresiones culturales colombianas de las artes visuales, la música, la danza, el teatro, el cine o lo audiovisual que circulan en centros mundiales especializados también llevan esta marca, sin caer en nacionalismos limitantes, pero

sí nutriéndose creativamente de los problemas que circulan en el país, como de los dinamismos que se viven en sus territorios más recónditos o en sus comunidades más aisladas.

Los caminos de la internacionalización cultural de Colombia son muy variados. Van desde el fortalecimiento de su economía cultural y creativa hasta la definición de políticas públicas en los Ministerios de Cultura, Relaciones Exteriores y Comercio y Turismo, la actividad de instituciones del Estado como Proimágenes o Procolombia, los programas de cooperación internacional y la labor de centros culturales y embajadas. Y además de grandes redes formales e informales de relaciones promovidas por los propios creadores, organizaciones culturales, ciudades, contactos solidarios, festivales e instituciones educativas.

El desarrollo de las industrias culturales y creativas en el siglo XX fue decisivo para la internacionalización de la cultura. Cuando a fines de los noventa, se inició el proyecto de Economía y cultura del Convenio Andrés Bello, respaldado por el Ministerio de Cultura y la Cooperación Española¹³, se constató la evolución y asimetría de las industrias, la

Entre 2018 y 2019, el sector editorial creció un 4.6% y en ese último año se publicaron 19.996 títulos y se produjeron cerca de 40 millones de ejemplares, con un 4.7% destinado al mercado internacional

incorporación de las iniciativas privadas en ciertos sectores como el audiovisual, la música y el editorial, la conformación de empresas culturales, la evolución del empleo y el consumo cultural, el aporte de estas industrias al PIB y los niveles logrados de exportación de bienes culturales. A todo ello se sumó el avance del país en políticas culturales, el fortalecimiento de la institucionalidad cultural, la creación del Sistema Nacional de Cultura y los instrumentos de medición cultural como la encuesta de consumo cultural o la cuenta satélite de cultura, que permitieron observar en detalle la transformación de las industrias culturales y su participación en los escenarios internacionales.

BAILAR CUMBIA EN ESTOCOLMO

La concesión del Premio Nobel de Literatura al escritor colombiano Gabriel García Márquez en 1982 fue un parteaguas en la internacionalización cultural de Colombia¹⁴, tanto por el significado global de la distinción, como por la manera como el país celebró en Estocolmo el premio con música de cumbia acompañada de tambores y flautas de millo, vestidos que emparentaban con el liqui liqui tropical que vistió el premiado en medio de los trajes negros de ceremonia y danzas alegres que contrastaban el formalismo del banquete palaciego con los modos tradicionales de celebración de un país en fiesta.

Ya para entonces los escritores significaban una presencia cultural fundamental en el exterior y la industria editorial despegaba hasta desafiar a los centros habituales de la publicación en español. Entre 2018 y 2019, el sector editorial colombiano creció un 4.6% y en ese último año se publicaron

19.996 títulos y se produjeron cerca de 40 millones de ejemplares, con un 4.7% destinados al mercado internacional, un porcentaje que se aumenta con las ediciones de autores nacionales en editoriales internacionales. En el mismo 2019, las ventas por canales electrónicos crecieron un 25.3%¹⁵.

A comienzos del 2000 se estrenaron 8 películas colombianas, mientras que veinte años después, en el 2021 y en medio de la pandemia, se estrenaron 30¹⁶. Las leyes de cine, una de las cuales promueve exenciones a la producción internacional en Colombia, el trabajo consistente de Proimágenes con los distintos momentos y actores de la cadena de valor, el apoyo a la circulación del cine en los principales festivales internacionales y el énfasis en la formación, son políticas que han fructificado en producciones cinematográficas de calidad.

La creación musical colombiana ofrece una diversidad impresionante. La escena internacional es frecuentemente impactada por intérpretes populares, por su maestría instrumental y el desarrollo de géneros como el vallenato, la cumbia, el joropo, los bambucos, la champeta, la salsa o recientemente el reguetón, que solo componen una parte de su rico paisaje sonoro. Este panorama está acompañado de figuras de la música clásica como Andrés Orozco Estrada, director de la Orquesta Sinfónica de Viena, el violonchelista Santiago Cañón o la soprano Betty Garcés así como de compositores y grupos de música experimental que actúan en el exterior. El trabajo ya consolidado de instituciones público-privadas como el Teatro Mayor o públicas como la Orquesta Sinfónica o la Orquesta Filarmónica de Bogotá, así como

el aporte pedagógico de universidades, conservatorios y centros de formación musical han sido fundamentales en la presencia cultural internacional de Colombia. Festivales como el Iberoamericano de Teatro, el Carnaval de las Artes en Barranquilla, el Festival de Cine de Cartagena, el Festival de la Imagen de Manizales, el Festival Gabo de Periodismo o el Petronio Álvarez en Cali, o los más recientes de Música y el Hay festival de Cartagena, carnavales como el de Barranquilla o el de Negros y Blancos en Pasto, han sido centrales en la internacionalización cultural del país.

El turismo es uno de los campos importantes de la proyección internacional de Colombia, hasta el punto de que, en 2019, se superaron todas las previsiones de afluencia de visitantes extranjeros al país. ProColombia ha publicado «COcrear, CONectar y CONservar, Manual ilustrado para guías de turismo de cultura en Colombia», un texto que une el turismo con la cultura, en un recorrido por las diferentes macro regiones del país y que ganó recientemente un premio en la Fitur de Madrid.

Aún queda mucho camino por recorrer para enriquecer el diálogo constructivo de Colombia en el exterior. Pero las montañas dejaron de ser una barrera no sólo física sino simbólica, porque las expresiones diversas de su vida cultural tienen la suficiente fuerza y argumentos para atravesarlas. Y lo han hecho. ■

Germán Rey es profesor e investigador colombiano. Ha recibido la distinción al Mérito Cultural del Ministerio de Cultura de Colombia (2021).

NOTAS

- ¹ «Gabo le dijo no al Mincultura», en: El Tiempo, Bogotá, 22 de junio de 1997.
- ² Casimiro Eiger. Crónicas de Arte colombiano, 1946-1960, Mario Jursich (compilador), Bogotá: Banco de la República, 1995.
- ³ «Ernesto Volkening, un pensador colombiano», Gerardo Ardila, Bucaramanga: Revista Encuentros, 2021.
- ⁴ Marta Traba en facsímil, Fernando Zalamea, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Rectoría, Colección Apuntes Maestros, 2014.
- ⁵ «Crestomanía Ungariana (Veintiocho notas sobre y -en torno a- la biblioteca de Hans Ungar», Mario Jursich, Boletín cultural y bibliográfico, Banco de la República, Bogotá, Vol 51, N° 92, 2017.
- ⁶ Hans Rother, Arquitecto Leopoldo Rother, Bogotá: Fondo Editorial Escala, 1984.
- ⁷ Tania Maya, «Karl Brunner o el urbanismo como ciencia del detalle», Revista Bitácora Urbano Territorial, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Volumen 1, N° 8, enero-diciembre 2004, pp. 64-71.
- ⁸ Juan Antonio Roda, Habitar la pintura, Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá, 1992.
- ⁹ Son numerosas las publicaciones de viajeros que han visitado a Colombia y hablado de ella, entre los que se pueden mencionar a Cochrane, Hamilton, Stuart, Humboldt, Jean Baptiste Boussingault, Augusto Le Moyne, Theodore Mollien, Charles Saffray, Edouard Andre, Charles Empsom, Alphons Stube, Trautwine o Candelier entre muchos otros.
- ¹⁰ Beatriz González Aranda, «Manual de arte del siglo XIX en Colombia», Presentación: Germán Rey, Bogotá: Ministerio de Cultura, Biblioteca Nacional de Colombia, 2017.
- ¹¹ Dinámica de la migración colombiana a Venezuela en las últimas décadas, Alcides Gómez y Flérida Rengifo, En: Colombia-Venezuela, Agenda común para el siglo XXI, Socorro Ramírez y José María Cadenas (editores), IEPRI Universidad Nacional de Colombia y Universidad Central de Venezuela, 1999, páginas 319-361.
- ¹² Carolina Sanín, «Un elogio del reguetón», en: Revista Arcadia, N°176, Bogotá, 30 de septiembre al 31 de octubre de 2019, páginas 11-15.
- ¹³ Varios autores, Impacto Económico de las Industrias culturales en Colombia, Convenio Andrés Bello, Bogotá, 2003.
- ¹⁴ «Cuando Colombia se volvió Macondo», Documental de Gloria Triana y Álvaro Perea, Señal Colombia y Bright Pictures (Suecia), 2018. <https://www.rtvcpplay.co/peliculas-documentales/cuando-colombia-se-volvio-macondo>
- ¹⁵ Estadísticas de la Cámara Colombiana del Libro.
- ¹⁶ Cifras de los Informes anuales de Proimágenes sobre la situación del cine colombiano.

Colombia, su cultura y su presencia en el mundo

ENRIQUE VARGAS

Grandes cambios se han vivido en América Latina en los últimos años. El autor destaca una continuidad democrática, un crecimiento económico, unas exportaciones, una movilidad social y un acceso a bienes y servicios desconocidos hasta ahora. Pese a que sigue siendo la región con más desigualdad del mundo, Colombia ha conseguido hacerse un hueco en el ámbito internacional, gracias, en buena parte, a su cultura.



Ibagué, reconocida como la capital musical de Colombia.

Foto: © Shutterstock.

Se cumplen cuarenta años desde que Gabriel García Márquez pronunciará su discurso *La Soledad de América Latina* al recibir el Premio Nobel de literatura. *Gabo*, en su profunda reflexión de entonces, afirmaba que, «Tal vez la Europa venerable sería más comprensiva si tratara de vernos en su propio pasado» (...) «los europeos de espíritu clarificador, los que luchan también aquí por una patria grande más humana y más justa, podrían ayudarnos mejor si revisaran a fondo su manera de vernos. La solidaridad con nuestros sueños no nos haría sentir menos solos, mientras no se concrete con actos de respaldo legítimo a los pueblos que asuman la ilusión de tener una vida propia en el reparto del mundo».

Cuarenta años han pasado también, desde que en México, país donde vivía el autor de *Cien años de soledad*, se llevará a cabo, convocada por la UNESCO, la

Conferencia Mundial sobre Políticas Culturales *Mon-diacult*. Para el sector de la cultura ese año define el cambio de paradigma y, América Latina, desde esa soledad sentenciada encontró una nueva veta por dónde reconducir sus destinos institucionales para el fomento y desarrollo de las artes y la cultura; fue entonces, en los años de la «década perdida» que, paradójicamente, bajo el lema de la integración regional, supo hacer una apuesta de largo plazo, una manera de cohesionar a sus sociedades y de emprender un nuevo diálogo multidireccional en aras de construir respuestas ante los enormes desafíos y desigualdades.

Colombia, por su lado, diez años después, en un tiempo marcado por el dolor y la sinrazón, lograría un entendimiento y pacto social reflejado en su nueva Constitución y con ello dar paso, pocos años después, a la creación del Ministerio de Cultura con Ramiro Osorio como su primer titular.

América Latina no es la misma desde entonces, la continuidad democrática, el crecimiento económico, las exportaciones, la movilidad social y el acceso a bienes y servicios no tiene precedentes, sin embargo, a pesar de esto, sigue siendo la región del mundo con mayor desigualdad. En ese contexto, Colombia ha reafirmado su lugar en el mundo y eso se puede atribuir en buena medida a su cultura. País que dialoga con el mundo desde las claves, símbolos y productos culturales. En los últimos años son ejemplo en el diseño y aplicación de sus políticas culturales y su capacidad de innovación, que permiten una buena convivencia entre las tareas de rescate

y preservación del patrimonio, la participación ciudadana, la cohesión social, el vínculo entre economía y cultura, el fomento de las artes, el protagonismo de los territorios y la proyección internacional de las expresiones culturales en su conjunto.

A Colombia en los años recientes, se le identifica en el contexto internacional por ser capaz de gestionar alianzas estratégicas con otros países, organismos y mecanismos multilaterales y entidades privadas nacionales e internacionales, con el fin de fortalecer las políticas públicas culturales a través de la oferta y recepción de cooperación técnica y financiera. Esas políticas se identifican como articuladoras con otros sectores para contribuir en el posicionamiento de la cultura colombiana en la escena mundial.

Se logran identificar, en ese marco de acciones para el desarrollo cultural, dos estrategias de trabajo en el actual gobierno, la primera sobre la gestión de recursos económicos provenientes de diversas fuentes y la segunda sobre la internacionalización de sus expresiones culturales.

En el actual gobierno, el ministerio de cultura de Colombia, ha recibido más de 15 millones de dólares en aportes de los cuales más de cinco millones y medio han sido destinados a promover la integración socioeconómica y la inserción laboral y social de 1.500 jóvenes y migrantes en las Escuelas Taller con un enfoque de for-

La comunidad internacional es testigo de cómo Colombia ha logrado paulatinamente insertarse con innovadoras políticas públicas culturales en amplios circuitos y en los mecanismos multilaterales

mación en oficios, sostenibilidad, emprendimiento e innovación. También se anunció la creación de tres nuevas Escuelas Taller en los departamentos de Guajira, Antioquia y Atlántico, así como fortalecer la Escuela Taller de Villa del Rosario en Norte de Santander.

El gobierno japonés es un donante muy destacado en Colombia ya que ha invertido en los años recientes más de un millón trescientos mil dólares para la construcción y adecuación de bibliotecas públicas municipales, a través de las cuales se busca fomentar los hábitos de lectura y así poder garantizar mayor acceso de toda la población a procesos culturales y artísticos, lo que contribuye a la mejora de la calidad de vida en los municipios de Samaniego – Nariño, El Tambo – Cauca, Cajibío – Cauca, San Lorenzo – Nariño, Santo Domingo – Antioquia, Morelia – Caquetá, Toluviejo – Sucre, Sotará – Cauca, Montelíbano – Córdoba, Suesca – Cundinamarca y Belén – Boyacá, entre otros.

Por su parte, el Fondo de Embajadores de EE.UU. y el gobierno colombiano definieron una agenda de trabajo en el año 2018 que permitió ejecutar un proyecto de restauración de los dos principales monumentos del Puente de Boyacá, el Obelisco y el Monumento al Libertador, con aporte del Fondo de 200.000 dólares; también se han llevado a cabo acciones entre el Museo Nacional de Colombia y el Hirshborn Museum de Washington.

Podemos encontrar que la estrategia de internacionalización del Ministerio de Cultura de Colombia ha implicado alianzas públicas y privadas que tienen incidencia en el campo cultural como receptores u oferentes de

cooperación técnica y financiera para construir respuestas a intereses compartidos.

Colombia es muy dinámica en sus relaciones multilaterales, prueba de ello es que en septiembre de 2019, en el marco de la VIII Reunión Interamericana de autoridades de cultura de la Organización de Estados Americanos (OEA), llevada a cabo en Barbados, fue designada para ejercer la presidencia para el periodo 2019-2022. Como resultado tangible se identifica la aprobación del plan de trabajo con cinco áreas prioritarias: 1) Fortalecimiento de la economía creativa: creatividad, innovación e inclusión; 2) Diversidad cultural y desarrollo sostenible; 3) Información e indicadores para la toma de decisiones; 4) Patrimonio cultural: identidad, inclusión y productividad y 5) Reconocimiento del Patrimonio Cultural Afrodescendiente en las Américas.

En el marco del Grupo Técnico de Cultura de la Alianza del Pacífico, en el que Colombia asume su coordinación en diciembre de 2020, los países definieron un plan de trabajo enfocado en tres componentes: 1) Promover la participación de la Alianza del Pacífico en espacios de promoción e intercambio de bienes y servicios culturales, que permitan potenciar la circulación y la generación de redes e intercambios monetarios y no monetarios de los bienes y servicios culturales; 2) Impulsar la generación de capacidades, el intercambio de experiencias y saberes y la cualificación de ocupaciones de los agentes culturales independientes en los sectores: editorial, música, artes escénicas, audiovisual, patrimonio cultural y otros oficios culturales y creativos y, 3) Priorizar el sector

editorial y, de manera paulatina, las artes escénicas, la música y el sector audiovisual.

De igual manera, Colombia asumió la coordinación del Comité Andino de Asuntos Culturales y logró también la definición y aprobación de un plan de trabajo con tres líneas estratégicas: 1) Desarrollo de las industrias culturales y creativas; 2) Gestión Integral del Patrimonio Cultural y, 3) Protección y recuperación de bienes patrimoniales de los países andinos.

EL MERCOSUR CULTURAL

Colombia, en su calidad de Estado asociado al Mercosur, forma parte activa del Mercosur Cultural y participa y apoya el desarrollo de distintos proyectos e iniciativas a través de las Comisiones y grupos de trabajo: Patrimonio, Diversidad, Economía Creativa, Museos, Teatros y en el Sistema de Información Cultural del Sur (SICSU).

«Colombia es *IBER*», con esta frase se puede resumir el compromiso que las instituciones culturales, artistas, gestores y promotores de ese país han asumido con el sistema de cooperación en el marco del Espacio Cultural Iberoamericano (ECI) de la Secretaría General Iberoamericana (SEGIB). Colombia participa activamente en nueve de los catorce Programas e Iniciativas de Cooperación Cultural, IberCocinas, IberBibliotecas, IberCultura Viva, IberArchivos, IberMemoria Sonora y Audiovisual, IberMuseos, Ibermedia, Iberescena e Ibermúsicas. A través de éstos se han beneficiado más de setenta proyectos colombianos por un monto superior al millón doscientos mil dólares. Adicionalmente, Co-

lombia preside el Consejo Inter-gubernamental de Ibero-cocinas durante el período 2021-2023. Los países que lo integran han trazado objetivos estratégicos para promover la gestión de conocimientos de las cocinas iberoamericanas

y para impulsar políticas y acciones de cooperación integrales de la cadena de valor agroalimentaria, que promuevan la economía creativa, la cultura gastronómica, la seguridad y la soberanía alimentarias.

Asimismo, se diseñó y puso en marcha la Estrategia de divulgación *#ColombiaesIber*, la cual tiene como objetivo visibilizar y poner en valor la participación de Colombia en los programas iberoamericanos de cooperación cultural, así como transmitir de manera articulada y con mayor impacto los beneficios y atributos que trae para el sector cultural la participación en el espacio cultural iberoamericano. La estrategia permitió que en los dos últimos años se haya aumentado la participación de los agentes culturales en las convocatorias de cada uno de los programas de cooperación. Además, ha logrado motivar el interés de otros países para replicar este ejercicio.

Finalmente, Colombia destaca por ser sumamente participativa en los mecanismos de gobernanza y gestión de las Convenciones de cultura de la UNESCO y en otras áreas de trabajo sustantivo de esa organización, logrando con ello un claro reconocimiento de las políticas públicas y la cultura colombiana.

Con relación al proyecto de indicadores culturales de la Agenda 2030, Colombia será el único país de América Latina que participe en el programa piloto

Colombia fue sede, en diciembre de 2019, del Comité Intergubernamental de la Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial de 2003 de la UNESCO, y debemos resaltar que es la primera vez que se lleva a cabo en un país de América Latina y el Caribe. Participaron las delegaciones de los veinticuatro países miembros del Comité, asistentes de ciento ochenta países, y setenta ONGs de los cinco continentes.

El país andino tiene integrados varios expedientes de postulación a las listas de la Convención: a) Sistema de Conocimiento Ancestral de los Cuatro Pueblos Indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta; b) Cuadros Vivos de Galeras: compromiso de Construyendo País, ambos expedientes han sido presentados a la UNESCO en marzo de 2021.

ECONOMÍA CREATIVA

Colombia se adhiere en 2013 a la Convención 2005 sobre la Protección y Promoción de la Diversidad de las Expresiones Culturales, a partir de esa fecha, y a raíz de esa adhesión se ha logrado divulgar las medidas y normas adoptadas por el país, especialmente sobre economía creativa, así como identificar avances y retos para el cumplimiento de los objetivos de dicha Convención. Como principales resultados se encuentran:

La elaboración, con el apoyo de la Agencia Sueca de Cooperación, del Informe Periódico cuatrienal: sobre la implementación de la Convención en Colombia; el desarrollo de un estudio con enfoque de género del análisis de la participación de la mujer en el segmento audiovi-

sual y editorial del país; y con el Fondo Internacional para la Diversidad Cultural se han ejecutado dos proyectos: Cartografía y fortalecimiento de las capacidades para las industrias culturales en Bogotá y la apropiación, fortalecimiento y promoción del cine latinoamericano a través de la plataforma digital Retina Latina.

Con relación al proyecto de indicadores culturales de la Agenda 2030, que busca medir la contribución de la cultura al logro de los Objetivos de Desarrollo Sostenible, Colombia será el único país de América Latina que participe en el programa piloto, gracias al apoyo financiero y Técnico de la Agencia de Cooperación Española AECID.

En el marco de la Red de Ciudades Creativas de la UNESCO, Colombia logró, en los años recientes, la incorporación de Valledupar por sus expresiones musicales; Cali por las artes digitales; Ibagué, que es reconocida como la capital musical de Colombia, y que promueve dos Áreas de Desarrollo Naranja; Pasto, por el talento de sus artesanos y por acoger dos manifestaciones reconocidas como patrimonio inmaterial de la Humanidad: el Carnaval de Negros y Blancos y el Barniz de Pasto (Mopa-Mopa). Esta es una muestra de articulación entre la Cancillería y el Ministerio de Cultura y esas alcaldías colombianas.

Podemos notar la activa participación de Colombia en la escena de la política cultural y la cooperación interna-

Colombia ha reafirmado su lugar en el mundo y eso se puede atribuir en buena medida a su cultura. País que dialoga con el mundo desde las claves, símbolos y productos culturales

cional y en este sentido viene trabajando con distintos organismos y agencias de manera constante en los años recientes. Son de resaltar las acciones con la Organización Internacional de las Migraciones (OIM); el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD); ONU Mujeres; la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, (OEI) y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE).

INNOVADORAS POLÍTICAS PÚBLICAS

A partir de la definición colombiana sobre economía de la cultura, Economía Naranja, se ha desarrollado la Escuela Internacional de Economía Naranja con el apoyo de la Agencia Presidencial de Cooperación APC-Colombia, la participación de la Oficina de las Naciones Unidas para la Cooperación Sur-Sur (UNOSSC) y el PNUD, con el objetivo de compartir las mejores prácticas y políticas públicas implementadas por Colombia con otros socios regionales y del sur global, así como una iniciativa muy relevante, la Alianza para la Recuperación y Modernización de la Economía Creativa-CERMA, para la reactivación y modernización de las industrias culturales y creativas en un escenario de post pandemia.

La comunidad internacional es testigo de cómo Colombia ha logrado paulatinamente insertarse con innovadoras políticas públicas culturales en amplios circuitos y en los mecanismos multilaterales, siendo hoy un país que ejerce su influencia y el poder suave de la cultura. En

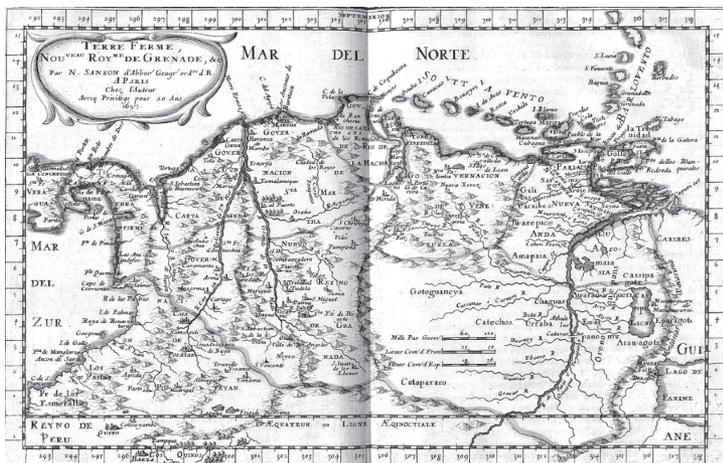
septiembre de 2022, tendrá lugar una segunda edición de Mondiacult en México, habrán pasado cuarenta años desde la adopción de la Declaración de México 1982, los países que forman parte de la UNESCO se enfrentan a nuevos desafíos y asimetrías globales, un mundo en el que el protagonismo de la cultura es diferente, su institucionalidad, financiación y la participación ciudadana en la era digital marcan, entre otras, las nuevas rutas y los esquemas de negociación. ■

Enrique Vargas es coordinador del Espacio Cultural Iberoamericano en la Secretaría General Iberoamericana (SEGIB).

Imágenes de Colombia en España: un inventario mínimo

PILAR REYES

¿Qué idea de Colombia, de la realidad de sus gentes y de su historia, está construyendo la literatura de los últimos años que se lee en España? Para responder a esta pregunta, la autora hace un inventario de imágenes apelando a varios de los libros que más repercusión han tenido en el mercado español, libros que han ganado premios o concitado la atención de los lectores, los medios y la crítica.



Mapa de Nueva Granada de 1657.

Foto: © Wikimedia Commons.

Son las obras de ficción las que, en muchos casos, van dibujando una imagen arquetípica de lo que puede ser un país. En el caso de Colombia, la idea que puede haberse formado a lo largo del tiempo el lector español tiene mucho que ver con algunos de sus libros y empresas culturales más importantes.

Diría que todo comienza con un libro, la *Historia general de las Indias* (1522), de Francisco López de Gómara. Cuando en su capítulo LX el sacerdote español refiere que el indígena Panquiaco les dice a Vasco Núñez de Balboa y sus expedicionarios que «si tanta gana de oro tenéis, que desasosegáis y aun matáis a los que lo tienen, yo os mostraré una tierra donde os hartéis de ello», no sólo comienza el mito de El Dorado sino la idea de que Colombia era un lugar pródigo en metales preciosos y esmeraldas, la «tierra que ponía fin a nuestra pena», y en muchos sentidos venía a ser como un trasunto del Paraíso Terrenal en este mundo. Aunque López de Gómara nunca es-

tuvo en América, la noticia consignada en su libro tuvo efectos tan poderosos que durante dos siglos los conquistadores españoles porfiaron por encontrar una ciudad colombiana que sólo existía en la delicada pompa de jabón de las palabras.

El segundo hito de este relato es la Expedición Botánica. La empresa iniciada por el gaditano José Celestino Mutis entre 1783 y 1816, que catalogó la riqueza natural de esas tierras —más de 20.000 especies vegetales y 7.000 animales—, encendió, sin pretenderlo, la llama de la emancipación americana. La expedición conjuntó a un grupo de científicos, políticos y artistas que soñaron con la independencia, basados en la conciencia de que pisaban un territorio espléndido que les pertenecía. De este proyecto quedó un material impreso riquísimo, acuarelas sobre papel con las que inventariaron cada especie, en un afán asombroso por categorizar y dejar registro. La mayor parte de ese acervo se encuentra en el Real Jardín Botánico de Valladolid. La idea de Colombia como un país de naturaleza desbordante se funda, entonces, en esas bellísimas láminas que los naturalistas dejaron para la historia de la ciencia, pero también para la imaginación ficcional sobre nuestro territorio.

La historia puede continuar con otro episodio particularmente expresivo. Cuando Rufino José Cuervo iniciaba sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* (1876), trabajó correspondencia con Juan Eugenio de Hartzenbusch, el exitoso autor de *Los amantes de Teruel* y célebre comentarista y editor de la primera copia fototipográfica de *El Quijote* aparecida en la Biblioteca de Clásicos de Manuel de Rivadeneyra. En una carta, Cuervo le preguntaba a Hartzenbusch cuál era su opinión sobre la palabra «tetero», muy extendida en el habla santafere-

ña pese a que no figuraba en ninguno de los diccionarios de la época. Previsiblemente, el polígrafo español le respondió que:

no conocemos en España la palabra tetero, la cual, oída a cualquier paisano de usted, quizá no sería entendida, porque pareciéndose mucho a la de tetera, nada se le asemeja en el significado. Tetera es aquí la vasija en que se hierve el té; aquella que sirve para la lactancia artificial es generalmente conocida con la voz francesa biberón: voz que usa ya toda clase de personas, hallándose por eso en el Diccionario enciclopédico (Madrid, Imprenta de Gaspar y Roig, 1853) y en el de don Ramón Campuzano, Madrid, 1857. En el de la Real Academia Española, cuya undécima edición se principiará dentro de poco, será incluida también. Es voz que hacía falta, y se ha tomado de los que nos trajeron el objeto que expresa.

Aunque en esa época Cuervo tenía apenas 23 años y carecía de títulos formales —ni siquiera se había graduado de bachiller—, no se dejó amilanar por la opinión supuestamente más autorizada de su corresponsal y la comentó en términos que hacían ver su independencia de juicio. Para él estaba claro que entre un neologismo de uso frecuente en el habla popular bogotana como tetero y un neologismo de stirpe francesa como biberón, siempre sería más aconsejable para la literatura el primero.

La anécdota me gusta porque muestra la histórica tensión entre el español hablado en la península y las múltiples variantes americanas, pero sobre todo porque es la causa de que incluso todavía hoy los españoles tengan a Colombia como un país de gramáticos, donde se habla «el castellano más puro de América» y se conserva relativamente intacto el ideal del casticismo. Como dice Fernando Vallejo en su biografía de Cuervo,

Para ti la patria eran la religión y el idioma. Para mí, la religión del idioma pues otra no he tenido. ¿Pero cuál de tantos, si hay miles? Pues este en que hablo y pienso junto con veintidós países que por sobre la separación de ríos y montañas y selvas y fronteras y hasta la del mar inmenso en cuya otra orilla se encuentra España todavía nos entendemos. Mi patria tiene mil años y se extiende por millones de kilómetros.

Ante los bárbaros, el alegato que José María Vargas Vila publicó en Barcelona en el año 1930 y cuyo elocuente subtítulo es *El yanqui: he ahí el enemigo*, puede ser la cuarta estación de este periplo. En la guerra por la independencia de Cuba, Vargas Vila se puso a favor de España en contra de Estados Unidos, creando así una nueva imagen que vino a sumarse a las ya difundidas por Gómara, el sabio Mutis y Rufino José Cuervo: la de que los colombianos eran, por una parte, esforzados luchadores por la libertad y, por la otra, compañeros de ruta de los españoles a la hora de censurar la deriva imperialista norteamericana. Siempre sospeché que una de las razones del prestigio de Vargas Vila en España, país donde vivió por más de quince años y donde murió, se debía a su apoyo al reino cuando perdía su última colonia de ultramar. (Que España misma fuera una potencia imperial es una paradoja que no se le escapó a Vargas Vila, pero naturalmente es algo a lo que no puedo referirme aquí).

De los años treinta podemos dar un salto hasta 1963, año en que el escritor antioqueño Manuel Mejía Vallejo ganó el Premio Nadal con *El día señalado*. Antes de García Márquez (y pese a que *El coronel no tiene quien le escriba* se publicó en 1961), esta novela creó para el lector español de la época tardo-

franquista una asociación entre Colombia, el cultivo del café y la cría de gallos de pelea, tríada que desde entonces ha sido parte de las más persistentes imágenes arquéticas creadas sobre mi país.

Otro tanto se pudiera decir de *El buen salvaje*, la novela con que Eduardo Caballero Calderón ganó en 1966 el Premio Nadal. Publicada tres años después de la *Rayuela* de Julio Cortázar, en ella

el público lector de la época descubrió que, a semejanza de sus congéneres del 1900, los jóvenes de Colombia estaban poseídos por el mito romántico de irse a París. Nada extraño: la Ciudad Luz era el único lugar del mundo donde se podía escribir literatura, vivir una pasión amorosa arrasadora y llevar un tipo de vida que hacía palidecer a los bohemios de Henry Murger.

Hago un paréntesis aquí para mencionar a Javier Zárate Moreno, ganador del Premio Planeta en 1973 con su novela *La cárcel*. Nacido en 1915, en Málaga, departamento de Santander en Colombia, Zamora sirvió como primer secretario y cónsul general de la legación colombiana en España entre 1946 y 1948. Fue amigo de Pío Baroja, sobre el cual escribió una semblanza, y publicó en Madrid su segundo libro de cuentos, *Un zapato en el jardín*, en Afrodísio Aguado, una de las escasas editoriales que en la inmediata posguerra se abrieron a los autores jóvenes de la propia España y de fuera de ella. En 1973, cuando abrieron las plicas de concurso, los responsables de Planeta descubrieron que Zárate Moreno había

La empresa iniciada por el gaditano Mutis entre 1783 y 1816, que catalogó la riqueza natural de esas tierras —más de 20.000 especies vegetales y 7.000 animales—, encendió, sin pretenderlo, la llama de la emancipación americana

muerto seis años antes, en 1967. Sus hijos habían mandado la novela al concurso y, a raíz de tan inesperado resultado, Planeta «decidió modificar las bases del certamen y así impedir que en el futuro ganara el premio la obra póstuma de algún escritor español o hispanoamericano», según cuenta la Wikipedia.

Me he referido a estos hitos para intentar situar algunas de las ficciones que han construido algunas de las ideas sobre lo que es Colombia: un país de utopías, naturaleza y lenguaje.

IMAGINARIO CONDICIONADO POR UNA HERIDA

Colombia sufrió grandes cataclismos a partir de la segunda mitad del siglo XX: violencia política, guerrillas, narcotráfico, que fueron mezclándose a –otras veces, sustituyendo a– las imágenes entronizadas por los autores reseñados en los párrafos anteriores. Nuestro imaginario artístico, en la literatura, la poesía, el teatro, el cine, las artes plásticas ha estado fuertemente condicionado por esta herida que aún no hemos podido ni cerrar ni sanar.

Llevo treinta años trabajando en la industria editorial, los últimos trece desde esta orilla del mundo, en España. Soy colombiana de nacimiento y madrileña de corazón. Mi carrera profesional ha estado enteramente ligada al sello Alfaguara, una editorial con una fuerte vocación de intercambio entre España y América Latina. Por tanto, la preocupación por construir puentes culturales y por ampliar los imaginarios no sólo sobre mi propio lugar de nacimiento sino sobre toda América Latina han estado en el centro de mi mirada como editora.

Sobre Colombia podría decir que ese intercambio tiene una dinámica que no sólo está marcada por la industria y el mercado. Quiero decir con esto que la presencia de autores

colombianos en España tiene una notoriedad mucho mayor al peso que tiene el mercado colombiano dentro del contexto de la industria del libro en lengua española. En español se publican más de 184.000 títulos nuevos al año, de los que unos 16.000 corresponden a Colombia. A su vez, cerca del 15% de los libros que se publican en España llegan a Colombia por canales comerciales, según un muestreo realizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá. Con estos datos sólo quiero cuantificar el intercambio entre los dos países, porque la dimensión de la conversación cultural, por lo menos en lo que a libros refiere, supera las reglas económicas de los dispositivos que hacen que la literatura se publique y difunda.

No es ese, sin embargo, el punto de vista que me interesa. Como decía al comienzo, los países son grandes ficciones y las relaciones entre ellos, un enigmático espejismo, construido a través de historias y relatos. ¿Qué idea de Colombia, de la realidad de sus gentes y de su historia, está construyendo la literatura de los últimos años que se lee en España? Intentaré abordar esa pregunta desde algunos de los libros colombianos recientes que se han publicado en España y que han contado con la atención del público o de la crítica.

En un libro de ensayos de próxima aparición, *Los desacuerdos de paz* (2022), Juan Gabriel Vásquez afirma que:

Una de las razones por las que leo novelas es para liberarme brevemente, gracias al lenguaje enriquecido y denso y ambiguo de la mejor ficción, de la trampa que trae consigo todos los días el lenguaje abarataado del conflicto tal y como lo cuentan sus partes interesadas. En otras palabras, para volver a respirar algo parecido al aire puro en el ambiente enrarecido de la jerga impuesta por unos y aceptada

por otros, y para recordar que la mayor parte de nuestras vidas tiene lugar en las zonas de penumbra —no en aquellas donde todo es «diáfano» y «evidente»—, y que fingir certezas donde no las tenemos, en vez de abrazar las contradicciones de un conflicto como el nuestro, es una grave forma de autoengaño que acaba pasando factura.

Es imposible por eso mismo no empezar este relato con el escritor colombiano más grande de todos los tiempos, Gabriel García Márquez. Gabo se estableció en España entre los años 1967, justo tras la publicación de *Cien años de soledad*. Fue en Barcelona donde se convirtió en una celebridad mundial y desde donde sus libros encontraron una plataforma de publicación que abarcó a toda la lengua española. Macondo, con árboles centenarios y trenes amarillos, ese lugar donde hombres, mujeres y animales se asfixian de calor, un pueblo de calles polvorientas que en sus años de prosperidad vivió la fiebre del oro vegetal, el banano, azotado por la violencia y construido al lado de un río de aguas diáfanas, se convirtió en la gran metáfora de Colombia para los lectores a uno y otro lado del océano.

Como la literatura no es un arte de compartimientos estancos, tanto en los libros de García Márquez como en los de quienes vinieron después de él resuenan poderosos ecos del pasado. Y si explícitamente en los libros del Nobel colombiano se les hacen guiños a los cronistas de Indias como Gómara, en los de autores posteriores vemos una sutil metamorfosis de símbolos que antaño nos definieron. ¿Cómo no advertir, por ejemplo, una semejanza entre la búsqueda de oro de los conquistadores del siglo XV y el tráfico de estupefacientes del último medio siglo?

La violencia partidista, que es como un telón de fondo en las novelas de Gabriel García Márquez, se vio pronto

permeada por el narcotráfico, y de este periodo, además de series de televisión –como *Pablo, el patrón del mal* (2012) o *Narcos* (2015)– que han marcado profundamente el relato de esos años, pienso en dos novelas que ven las zonas grises de esos tiempos, no ya sólo el relato de los protagonistas de los hechos sino de cómo estos han impactado en las vidas de sus gentes y en los tejidos mismos de la sociedad. Me refiero a *La Virgen de los Sicarios* de Fernando Vallejo (que se publicó en España a finales de los noventa) y *Delirio* de Laura Restrepo, Premio Alfaguara 2004, novela que contó con gran cantidad de lectores españoles y con una unánime recepción crítica favorable.

En un paso memorable de *La Virgen de los Sicarios*, el narrador de la novela de Fernando Vallejo dice:

Salí por entre los muertos vivos, que seguían afuera esperando. Al salir me vino a la memoria una frase del evangelio que con lo viejo que soy hasta entonces no había entendido: «Que los muertos entierren a sus muertos». Y por entre los muertos vivos, caminando sin ir a ninguna parte, pensando sin pensar tomé a lo largo de la autopista. Los muertos vivos pasaban a mi lado hablando solos, desvariando. Un puente peatonal elevado cruzaba la autopista. Subí. Abajo corrían los carros enfurecidos, atropellando, manejados por cafres que creían que estaban vivos aunque yo sabía que no. Arriba volaban gallinazos, los reyes de Medallo, planeando sobre la ciudad por el cielo límpido en grandes círculos que se iban cerrando, cerrando, bajando, bajando.

Esa idea de la ciudad de los muertos vivos, la ciudad incendiada en la que sobrevuelan zamuros, es una de las

estampas literarias más fuertes para dibujar la Medellín de Pablo Escobar y el sicariato.

Como recogiendo el testigo de Vallejo, Laura Restrepo añade en *Delirio* que:

total el dinero que me tumbaran se los descontaría del billete que a través de mí les enviaba Pablo Escobar y ellos ni cuenta se darían siquiera, qué cuenta se iban a dar, si aplaudían con las orejas la forma delirante en que se estaban enriqueciendo, al mejor estilo higiénico, sin ensuciarse las manos con negocios turbios ni incurrir en pecado ni mover un solo dedo, porque les bastaba con sentarse y esperar a que el dinero sucio les cayera del cielo, previamente lavado, blanqueado y pasado por desinfectante.

La fiebre en Macondo en este caso no era amarilla y vegetal, sino blanca y escurridiza como el polvo. Y las consecuencias de esta historia crearon heridas sociales profundas y todavía difíciles de superar. De esta etapa sobresalen dos libros, *El olvido que seremos* (2006) de Héctor Abad Faciolince, que lleva más de cien mil ejemplares vendidos en el mercado español y que cuenta con un documental y una adaptación cinematográfica, y *El ruido de las cosas al caer* de Juan Gabriel Vásquez, Premio Alfaguara 2011.

LA PEOR EPIDEMIA

Las ciudades y los campos de Colombia –dice Abad Faciolince– se cubrían cada vez con la sangre de la peor de las enfermedades padecidas por el hombre: la violencia. Y como los médicos de antes, que contraían la peste bubónica, o el cólera, en su desesperado esfuerzo por combatirlas, así mis-

mo cayó Héctor Abad Gómez, víctima de la peor epidemia, de la peste más aniquiladora que puede padecer una nación: el conflicto armando entre distintos grupos políticos, la delincuencia desquiciada, las explosiones terroristas, los ajustes de cuentas entre mafiosos y narcotraficantes.

En una reseña conjunta sobre *El olvido que seremos* y *Carta a una sombra* (2015) —el documental basado en el libro—, Mario Jursich apunta algo que explica muy bien por qué el libro de Héctor Abad sigue conquistando lectores quince años después de publicado, y por qué la literatura es fundamental en el autoexamen de las sociedades:

Cuando leí *El olvido que seremos* tuve la impresión de que estaba frente a lo que aquí me gustaría llamar el dilema de Hamlet. El lector recordará que al principio de la obra shakesperiana encontramos al príncipe de Dinamarca cavilando sobre cómo vengar el asesinato de su padre. Sus opciones incluyen el suicidio, que descarta por considerarlo digno de un cobarde; la representación de una obra de teatro en la cual un monarca es asesinado de la misma forma en que mataron a su padre y, por último, el asesinato de todos aquellos que, por acción u omisión, tuvieron que ver con esa muerte.

Lo extraordinario no es sólo que Abad opte por la segunda de esas opciones, vengar la muerte del padre a través de un acto simbólico como es la escritura de un libro. Lo extraordinario es que quiere hacernos sentir rabia, conseguir que nos indignemos contra el crimen y la injusticia —esto es, que «un veneno entre en nuestros oídos»—, pero excluyendo de manera taxativa que esa rebelión deba ir ligada a la revancha o al resentimiento. En otras palabras: lo que le otorga a *El olvido que seremos* una dimensión moral insoslayable es que nos enseñó a separar el recuerdo de los crímenes de la legitimación de la venganza. Piense

el lector en las terribles consecuencias que ha tenido para nuestro país que alguien como el expresidente Álvaro Uribe Vélez haya optado por la tercera opción del dilema de Hamlet y se dará cuenta de que, conforme a lo enfatizado por Shakespeare, el único final plausible en ese caso es ver el escenario completamente cubierto de cadáveres.

Alguna vez oí a Laura Restrepo decir que ojalá llegara un momento en que la literatura colombiana se pudiese permitir cambiar de tema, porque eso querría decir que la realidad también habría empezado a cambiar. El último Premio Alfaguara otorgado a un autor colombiano fue a *Los abismos* (2021), de Pilar Quintana. Esta novela, cuya trama se ubica en la Cali de los años mil novecientos setenta, decide conscientemente no ocuparse del fenómeno del narcotráfico que empezaba a apoderarse de la historia de Colombia, sino que narra una historia familiar desde los ojos de una niña que intenta comprender el conflictivo matrimonio de sus padres. No sé si eso significa que, tras la firma del proceso de paz con las FARC en 2016, estamos vislumbrando un futuro distinto en mi país, pero tengo la esperanza sobria de que así sea.

En todo caso, he intentado armar este inventario de imágenes apelando a varios de los libros que más repercusión han tenido en el mercado español, libros que han ganado premios o concitado a atención de los lectores, los medios y la crítica. Lo que viene a decir, libros que han podido ayudar a construir una idea sobre lo que es Colombia. Es evidente que no es una cara amable, pero es el espejo de nuestra historia. Para terminar, me gustaría volver a citar a Vásquez y su reflexión sobre la literatura porque este ejercicio de narrar la realidad en el territorio de la novela es fundamental:

Una novela puede ser, en este sentido, un lugar de resistencia, no sólo contra el olvido, sino contra la negación: un lugar obstinado en el que los ojos de una sociedad están siempre abiertos, siendo testigos de lo que a menudo preferimos no ver: lo feo, lo doloroso, lo aterrador. La literatura nos ofrece un lugar en el que estas historias pueden ser vistas e interrogadas; pero también un lugar en el que estas historias pueden vernos e interrogarnos a nosotros, los ciudadanos-lectores, de maneras que no siempre son cómodas. El pasado, por supuesto, no es un lugar cómodo, sobre todo después de una larga confrontación que ha dejado heridas duraderas y una intensa sensación de desorden. Las novelas pueden ser memoriales donde rendimos homenaje a nuestros muertos, y mausoleos donde nuestros muertos pueden vivir a través de sus historias; pero también pueden dar forma y sentido al pasado, y permitirnos descubrir o inventar las verdades que necesitamos para avanzar hacia el incierto futuro.

Yo he publicado la mayor parte de los libros que he citado aquí. En algunos casos fui su editora inicial, en otros la encargada de reeditarlos y mantenerlos editorialmente vivos, como es el caso de *Cien años de soledad* o *El olvido que seremos*, textos que hoy integran los fondos de sellos en los que oficio como directora editorial. Libros que el público español conoce y sigue leyendo año a año. Libros que construyen el relato de los que hemos vivido y a través de los cuales, para que la fiebre del olvido no se apodere de nosotros como en Macondo, podamos inventar una segunda oportunidad sobre esta tierra. ■

Pilar Reyes es directora editorial de Alfaguara.

Un recorrido por la historia cultural colombiana

MANUEL LUCENA GIRALDO

En este artículo se analizan las condiciones del desarrollo histórico y social de la cultura colombiana. Su perspectiva reúne, por una parte, el análisis de las tradiciones institucionales bajo las que se ha formado y, por otra, tras la apertura económica iniciada en la década de los ochenta y la emigración masiva, considera la difusión de estereotipos, negativos, pero también positivos, en el imaginario global.



El monumento La Ventana al mundo, construido en Barranquilla en 2018 es un símbolo de la nueva Colombia.

Foto: © Wikimedia Commons

En uno de sus libros más exitosos, *Del poder y la gramática*, el historiador británico Malcolm Deas, referencia de los «colombianistas de Oxford», intentó explicar, contra todas las supuestas evidencias historiográficas aportadas por el marxismo y sus terminales mediáticos, por qué razón Colombia había disfrutado durante el siglo XIX de una saga de presidentes gramáticos.

La existencia de pobres mas poderosos patriarcas, casi desprovistos de toda riqueza material, sin haciendas, latifundios, menestrales y peones, como prescribía el dogma del materialismo histórico, constituía un enigma insoluble. Entre ellos, el conservador Miguel Antonio Caro, que ejerció la primera magistratura con título de vicepresidente de 1892 a 1898, fue uno de los más ilustres. Caro tuvo fama de ser un magnífico latinista y un retórico formidable. En el congreso de la República, quien quisiera competir con

él precisaba dominar las lenguas clásicas y contar con un conocimiento exhaustivo de la española. Consciente de esta circunstancia, su contendiente, el liberal Rafael Uribe, se aplicó durante tres meses con entusiasmo, gracias a la ayuda de un discreto profesor y traductor de tratados religiosos, a mejorar su latín. Un día señaló a Caro en un debate político que ya no era el único parlamentario latinista y le espetó un proverbio clásico a quemarropa. Caro le contestó: «¡Horror, horror! Cuando ustedes quieran hablarme en latín, les ruego que me pronuncien bien las sílabas finales, porque allí es donde está el meollo de la cuestión».

TENSIÓN DE LA FRAGILIDAD

La explicación de esta anécdota, que tiene el estatuto de una categoría, reside en una singularidad colombiana. Su conciencia de país bien hablado y mejor escrito le ha hecho alcanzar, algunos dirán que para bien y otros que no tanto —pues el culto a la palabra encubriría un barroquismo estéril—, un nivel idiomático ciertamente excepcional. En 1999 el Instituto Caro y Cuervo, dedicado a estos asuntos, que cuenta hoy felizmente con una sede en el Instituto Cervantes, fue reconocido con la concesión del premio Príncipe de Asturias.

Pero las singularidades colombianas no acaban aquí. Pese a la habitual acusación a Colombia como democracia y Estado «fallido» desde poderosas plataformas mediáticas que se tildan de liberales (*The New York Times* es sin duda una de las más altisonantes), o de organizaciones que se auto arrojan la exclusiva de la custodia de los de-

rechos humanos, lo cierto es que la fuerza de las costumbres y usos democráticos de los colombianos redujeron las dictaduras del siglo XX a un único episodio, acontecido entre 1953 y 1957. Se trató del gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla, ligado en sus orígenes a una crisis política absurda (el enfrentamiento suicida entre miembros de las

élites constituye una circunstancia no solo colombiana, sino hispánica), depuesto por fin mediante la alianza en el Frente nacional de los dos grandes partidos tradicionales, liberal y conservador. Gracias, por cierto, a una pacífica huelga general.

En este sentido, el gran tópico de la «violencia» colombiana requiere, como poco, ser colocado en contextos más amplios, ni genéticos ni deterministas. El asesinato el 9 de abril de 1948 del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, un magnicidio de terribles consecuencias —pues desencadenó el «bogotazo», una suerte de revuelta social, liberal y popular incendiaria y homicida que asoló el centro de la capital cuando se celebraba la IX Conferencia Panamericana con la asistencia, entre otros, de un joven nacionalista cubano llamado Fidel Castro—, es considerado el comienzo de una etapa de inacabable violencia, que aún no habría terminado. La indagación sobre las causas de aquellos hechos y su puesta en relación con realidades actuales, institucio-

Pese a la habitual acusación a Colombia como democracia y Estado «fallido», la fuerza de las costumbres y usos democráticos de los colombianos redujeron las dictaduras del siglo XX a un único episodio, acontecido entre 1953 y 1957

nales, políticas, culturales, resulta ilustrativa. Por lo que se evidencia en el caso de Colombia, no estamos ante un exceso de Estado, o de excesos «del Estado», sino por el contrario, en la inmensa mayoría de los casos, de su ausencia, fragilidad y falta de operatividad.

En otro artículo memorable, *Temas comparativos en la historia republicana de Colombia y Venezuela*, Malcolm Deas también señaló que ambas repúblicas mostraban en su *ethos* y tradición nacional una tensa oposición, forjada a través de la historia, entre el sentido individualista, la desconfianza frente al Estado y la vocación empresarial de los colombianos; y la querencia por el ente fuerte y repartidor (financiado por el petróleo) y la tendencia gregaria de los venezolanos. A diferencia de Venezuela, señaló Deas, los colombianos nunca han tenido, querido o conseguido tener un Estado fuerte. La quebrada y fascinante orografía del país, que cuenta no con un ramal andino sino con tres, dificultó tanto la creación de un mercado nacional como la construcción de una red de transportes de densidad y capacidad suficiente. La única arteria de comunicaciones por siglos —en realidad, casi hasta la aparición del transporte aeronáutico masivo— ha sido el río Magdalena, que atraviesa de norte a sur el país. El ferrocarril nunca formó una verdadera trama, pese a su incontestable —y menospreciado— impacto regional. En una geografía cuyas mitades sur y oriental están salpicadas de llanos y selvas, las carreteras tampoco lograron extenderse como se requería. Sólo el avión (no es una casualidad que SCADTA, línea aérea promovida en 1920 por los alemanes y precedente de Avianca, sea pionera en el mundo) logró reducir de ma-

nera definitiva y eficaz tiempos y distancias. De ese modo, cabe conjeturar que la posibilidad de un nacionalismo fuerte, basado sobre fundamentos de regionalidad muy consolidados durante la etapa anterior a la independencia de España, coincidió sólo en términos de símbolos. El colombiano se identificó con una cierta pobreza modesta y una fuerte vocación democrática, leguleya y republicana. Esta se manifestó en procesos electorales regulares y convincentes, que llegaron a incluir hechos tan *extravagantes* como la concesión del voto femenino en el cantón de Vélez en Santander ya en 1853 –aunque se revocó cuatro años después–.

IMPORTANCIA DE LA CULTURA Y HERENCIA HISPANAS

Ligada a esta tradicional fragilidad del Estado colombiano, en especial en vastas áreas marginales y fronterizas, cabe preguntarse por la presencia de la nación, qué es aquello que ha unido a los colombianos y, ante tantas adversidades e incertidumbres, los ha mantenido en marcha. Si contemplamos que la existencia de comunidades emocionales, simbólicas y políticas, todo aquello que es o parece intangible, explica y determina comportamientos individuales y colectivos, vemos posible afirmar que la cultura colombiana, en un sentido nacional y nacionalista, ha jugado y juega un papel determinante.

La nación cultural en Colombia, aglutinadora de un mestizaje barroco multiseccular, es la que mejor ha funcionado. Los colombianos saben que lo son porque la nación cultural antecedió, al menos en la mitología criolla republicana, a sus formas de administración política, institu-

cional y administrativa. Antes que Bolívar y su ejército, residió en Santafé de Bogotá y por largo tiempo el sabio gaditano José Celestino Mutis, director de la Real Expedición Botánica fundada por Carlos III en 1783, gracias a la aquiescencia y apoyo del arzobispo- virrey Antonio Caballero y Góngora. Esto lo sabe cualquier colombiano por el solo hecho de haber asistido a la escuela. Mutis murió en 1808, justo a tiempo de evitarse el disgusto de contemplar la desintegración del imperio español y la desaparición, incluso física, de algunos de sus discípulos criollos más cercanos, como Francisco José de Caldas, al cual, por cierto, acompañó en el cadalso el mismo año nefasto 1816, un ingeniero militar peninsular, Manuel de Anguiano, víctima también de la reacción absolutista.

En el imaginario del nacionalismo colombiano decimonónico, muy institucional —el héroe alternativo a Bolívar, el general Francisco de Paula Santander, un auténtico liberal doctrinario, opuesto a sus irrefrenables tendencias dictatoriales, ha sido conocido como «el hombre de las leyes»—, la amalgama cultural dejó por lo general en buen lugar la relación con España y la herencia virreinal o, como se empeñan en decir allá sin saber muy bien a qué se refieren, «colonial». Siempre hubo, por supuesto, liberales radicales que intentaron abrir vías de evolución del nacionalismo colombiano hacia un indigenismo rousseauiano. O francófilos que guardaron una devoción por París irracional, réplica de un componente muy difundido y estudiado del nacionalismo hispanoamericano posterior a la década de 1860. Precisamente una de las peculiaridades de las relaciones diplomáticas entre España y Colombia radicó en

que fueron antes académicas, idiomáticas, que propiamente estatales. Hasta 1881 no existieron, pero la Academia Colombiana de la Lengua, la más antigua de las corporaciones americanas vinculadas a la Real Academia Española, fue fundada diez años antes por un grupo de lingüistas y escritores de gran prestigio, entre ellos Rufino José Cuervo

Las relaciones diplomáticas entre España y Colombia fueron antes idiomáticas que propiamente estatales. Hasta 1881 no existieron, pero la Academia colombiana de la lengua —vinculada a la española—, fue fundada diez años antes

y el ya mencionado Miguel Antonio Caro. Esta solidez y aprecio de la herencia hispana y la conciencia de uso del español como recurso comunicativo, económico y estratégico, parte integrada al orgullo nacional, hace difícil la comprensión de algunos acontecimientos recientes.

En junio de 2021, a fin de justificar la eliminación física y arrumbamiento en un almacén público de las estatuas de Cristóbal Colón e Isabel la Católica, que permanecían ubicadas en Bogotá en un lugar de tránsito obligado, camino del aeropuerto, se anunció por las autoridades políticas que era preciso debatir el pasado (o sea, practicar la llamada «memoria histórica»). Responsables culturales palaciegos, con buenos reflejos políticos, señalaron de inmediato que las habían retirado para protegerlas de posibles nuevos actos vandálicos. En efecto, una cuadrilla de operarios de una autodenominada comunidad indígena, Misak, ya las había pintarrajeado y no las derribaron porque seguramente no tuvieron tiempo. El fin que buscaban, desde luego

lo obtuvieron: la retirada, *de facto*, de los monumentos, así como la rentabilidad política derivada de la identificación con el radicalismo indigenista. En Colombia, país mestizo como pocos, este ha sido raro, por lo general una importación exótica de México, Perú, Estados Unidos o Europa. Las esculturas, más bien lo que quedó de ellas, fueron hechas por el escultor italiano Césare Sighinolfi, en conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América, celebrado en 1892. Fabricadas en bronce, pesan —o pesaban— cerca de una tonelada y tienen (habrán menguado) una altura cercana a los cuatro metros. Ambos monumentos llegaron a Colombia en 1897 y fueron inaugurados para disfrute del público ciudadano en 1906. Han estado en varios puntos de Bogotá, con una particularidad: cada sitio ha sido peor que el anterior. Más expuesto, más periférico y desde luego nefasto, desde el punto de vista de la conservación material de cualquier obra de arte. Contra lo que podríamos pensar, esto es importante, España se ocupó por entonces de manera renuente, más allá del debate del centenario y los honores del descubrimiento, por la colocación cívica de estatuas celebratorias de hazañas históricas, en todo caso compartidas con los países del otro lado del Atlántico. Se trata, por así decirlo, de monumentos hispanoamericanos.

La oleada de ira indigenista, perfectamente organizada y financiada, va eliminando el patrimonio cultural hispánico común de colombianos, argentinos, colombianos, venezolanos y chilenos, o de los propios españoles, tan ensimismados en su propia e insólita fragmentación, entre otros. Las políticas de la identidad, como en el resto de Occidente,

muestran toda su capacidad disolvente del Estado de derecho y comienzan por la erosión de los símbolos y estructuras culturales. A Colón todo esto, desde el más allá, le habrá divertido. Entre otras cosas porque el nombre de la República de Colombia —a los operarios del desatino y el resentimiento se les habrá escapado el hecho—,

celebra y conmemora sus gestas de descubridor. En realidad, hasta la gran era del imperialismo victoriano, durante la segunda mitad del siglo XIX, su figura importó poco o nada. En lo que hoy consideramos la celebración obligatoria de los centenarios, ha atravesado por todas las situaciones posibles. Que una universidad estadounidense echara hace unos años una lona vergonzante y patética sobre los frescos de las paredes que conmemoraban su llegada a América, o que un guerrillero urbano de nombre impronunciable arroje ahora pintura roja a una estatua suya en una urbe de las alturas andinas colombianas, donde por supuesto él jamás estuvo, lo hubiera interpretado como señal inequívoca de su genio y misión divina. Colón, que firmó desde 1501 como «Cristóferens», «el portador de Cristo», buscó toda la vida reconocimiento. Tras su fallecimiento triste y humillado en 1506, sus herederos pasaron medio siglo enredados en los llamados «pleitos colombinos» contra la monarquía española, en defensa de sus derechos. Fueron tan abrumadores en argumentos, expresaron de tal modo el triunfo de lo que

La historia constituye una versión del pasado ajustada por la crítica de fuentes. El riesgo actual, en Colombia y en todas las sociedades occidentales abiertas, radica en su sustitución por la memoria, que no es verdad sino ficción

hoy llamamos «razón de Estado» que, al final, vinieron a reconocerle derechos y razones. Existía una deuda histórica pendiente con él. Había una injusticia por reparar. El ducado de Veragua, detentado todavía por los descendientes del almirante, la dejó resuelta, al menos en parte. El derribo de sus estatuas lo único que logra es resaltar su impronta.

COLOMBIA GLOBAL Y GLOBALIZADA

Dicen los que saben de conmemoraciones y celebraciones que cuando una sociedad es ignorante respecto a su pasado sustituye la Historia, que sirve para restaurar la complejidad del pasado y alumbrar las opciones de libertad presentes y futuras, por una memoria mítica, un relato ficcional que responde a intereses particulares, partitocráticos, demagógicos o populistas. Este relato cobra la forma de héroes imposibles de criticar, recuerdos constantes de batallas y gestas militares, o de griterío nacionalista contra pacíficos vecinos. Es el viejo argumento del enemigo externo para acallar la oposición y eliminar garantías democráticas. El razonamiento plantea que la historia llamada oficial no tiene por qué ser, como declararon algunos pontífices del realismo mágico, tan cultivado en Colombia por novelistas y cuentistas, una sarta de mentiras de las oligarquías y los «enemigos del pueblo». La historia constituye una versión del pasado ajustada por la crítica de fuentes y siempre mejorable, por estar sometida a continua revisión y escrutinio. El riesgo actual, en Colombia y en todas las sociedades occidentales abiertas, radica en la persecución de la historia como humanismo y su sustitución por la memoria, que no es verdad sino ficción. De ahí que la cues-

tión de la revisión de la cultura colombiana y su poderío cohesionador merezca unas líneas.

Colombia, una nación en la que los extranjeros no pasaban de algunos reductos costeros como Barranquilla y carente de emigración hasta los años setenta, se ha convertido en una nación global, impactada por la llegada de foráneos

y organizada en redes migrantes que ya van, en el caso español, al menos por la tercera generación. Cabe preguntarse cómo repensar el gran contraste entre la densidad y fortaleza de los vínculos históricos y culturales (reforzados por esta experiencia migratoria), con la segunda lengua global, el español, como patrimonio común, y la debilidad del conocimiento mutuo —también entre los nacionales de diferentes países latinoamericanos—. El fortalecimiento de las relaciones empresariales y humanas no ha ido acompañado de un entendimiento político de largo alcance y de alguna manera equivalente; y, lo que es peor, el patrimonio representado por la lengua, la historia y la cultura compartidas no es valorado como se debiera, cuando no es directamente combatido. Somos comunidad, pero no sabemos cómo.

En este año 2022 existe una oportunidad para que la imagen de Colombia cambie y se fije en el imaginario global de modo que no se difunda más un estereotipo negativo contra el país y sus gentes que afecta todos los días

APROVECHAR LA COLOMBOFILIA

Por eso resulta importante consultar el diccionario. El de la RAE indica que «colombofilia» es «cría y adiestramien-

to de palomas mensajeras» y «conjunto de técnicas y conocimientos relativos a la cría y adiestramiento de palomas mensajeras». Si habláramos en *españombiano*, según el título del magnífico libro de Néstor Pardo, podríamos pensar que «colombofilia» es también una querencia apasionada por Colombia. Como el idioma es una máquina en invención permanente, basta entrar en Facebook (ahora Meta) para descubrir (con espanto) que existe una Asociación (por las fotos, gente encantadora) Colombófila Colombiana. Parece una intolerable redundancia. ¿O no lo es tanto? ¿Implica la nacionalidad la querencia cultural? Sabemos demasiado bien que no es así, pero visto desde fuera resulta llamativo ese rasgo tan común a españoles y colombianos de hablar mal de sí mismos, como una especie de velo impenetrable delante de los ojos, que impide ver lo positivo. La imagen de Colombia fuera del país y especialmente en Europa ha cambiado mucho y para bien en años recientes, pero da la sensación de que el empeño en contar sólo lo malo perdura. Obviamente lo contrario a que todo sea malo resulta falso, porque no todo puede ser bueno. Pero sin duda en este momento, 2022, tercer año pospandémico, existe una oportunidad para que la imagen de Colombia cambie y se fije en el imaginario global de modo que, por ejemplo, no se difunda más un estereotipo negativo contra el país y sus gentes que afecta todos los días. Hay que apostar por la complejidad y contar también realidades que cursan en positivo.

En contraste con cierta industria cultural de la porno miseria narco que vende una imagen deformada –pero demandada– de Colombia, hay un empeño instintivo de

muchos colombianos de a pie por mostrar un balance equilibrado. Es llamativa la necesidad de reconocimiento inmediato. En cuanto un extranjero desciende del avión en Colombia, le preguntan si se encuentra a gusto, lo cual es un contrasentido aparente, porque acaba de llegar. El visitante no puede haber formado todavía un juicio, pero el local avisa con amabilidad que espera una valoración positiva. Sin duda, es cuestión de tiempo que la logre. ■

Manuel Lucena Giraldo es investigador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).

autores

Julio Bernal Chávez

PHD. COORDINADOR DE INVESTIGACIÓN,
INSTITUTO CARO Y CUERVO.

Miguel Ángel Cortés

DIRECTOR DE LA FUNDACIÓN
IBEROAMERICANA EMPRESARIAL,
SECRETARIO DE ESTADO PARA LA
COOPERACIÓN INTERNACIONAL Y PARA
IBEROAMÉRICA (2000-2004) Y SECRETARIO
DE ESTADO DE CULTURA (1996-2000).

Juan Cruz

PERIODISTA Y ESCRITOR

Darío Jaramillo Agudelo

POETA, ENSAYISTA Y NOVELISTA
COLOMBIANO.

Manuel Lucena Giraldo

INVESTIGADOR DEL CONSEJO SUPERIOR
DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS (CSIC).

Germán Rey

PROFESOR E INVESTIGADOR COLOMBIANO.

Pilar Reyes

DIRECTORA EDITORIAL DE ALFAGUARA

Enrique Vargas

COORDINADOR DEL ESPACIO CULTURAL
IBEROAMERICANO. SECRETARÍA GENERAL
IBEROAMERICANA, SEGIB.

Juan Carlos Vergara Silva

DIRECTOR DE LA ACADEMIA COLOMBIANA
DE LA LENGUA.

Nueva Revista

DE POLÍTICA, CULTURA Y ARTE

EDITOR

Miguel Ángel Garrido Gallardo

DIRECTOR

Juan Carlos Laviana

ADJUNTA A LA DIRECCIÓN

Pilar Soldevilla Fragero

COORDINADORES EDITORIALES

Alfonso Basallo y José Manuel Grau Navarro

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y PUBLICIDAD

NUEVA REVISTA DE POLÍTICA, CULTURA Y ARTE

Almansa, 101. 28040 Madrid

EDITA Funciva Ediciones, S.L.

DISEÑO DE CUBIERTA UNIR_GEN

IMPRESA Y MAQUETACIÓN Anzos, S.L. Fuenlabrada, Madrid

marzo 2022

NUEVA REVISTA Tel: 91 567 43 91

lector@nuevarevista.net

www.nuevarevista.net

© Nueva Revista

ISSN 1130-0426 (versión impresa)

ISSN 2660-5090 (versión en línea)

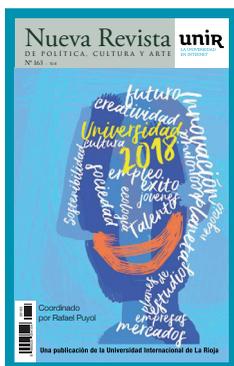
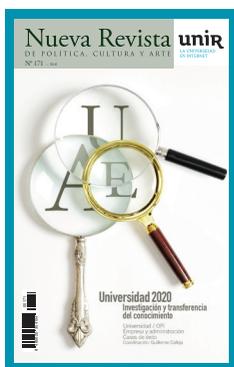
«El valor cultural de Colombia»
es un suplemento de Nueva Revista.

Nueva Revista no se hace responsable
de las opiniones de los autores.



Revista impresa con papel procedente
de bosques sostenibles.

La universidad a examen en **NUEVA REVISTA**



«La identidad de una lengua única, independiente y consolidada en los ámbitos políticos, fiscales y administrativos se robustece en el siglo XVIII con la llegada de los Borbones al poder»

Julio Bernal Chávez

«Gabriel García Márquez es, quién lo duda, el protagonista principalísimo de la literatura colombiana. Él es el único planeta y todos los demás meros satélites»

Darío Jaramillo Agudelo

«El riesgo actual, en Colombia y en todas las sociedades occidentales abiertas, radica en la sustitución de la historia por la memoria, que no es verdad sino ficción»

Manuel Lucena Giraldo

«Las montañas dejaron de ser una barrera no solo física sino simbólica, porque las expresiones diversas de su vida cultural tienen la suficiente fuerza y argumentos para atravesarlas. Y lo han hecho»

Germán Rey

«Macondo, con árboles centenarios y trenes amarillos, ese lugar donde hombres, mujeres y animales se asfixian de calor, (...) se convirtió en la gran metáfora de Colombia para los lectores a uno y otro lado del océano»

Pilar Reyes

Disponibles en www.nuevarevista.net

Nueva Revista
DE POLÍTICA, CULTURA Y ARTE